

Así fue,
así pasó



Alejandro Domínguez Araújo

Así fue, así pasó

Alejandro Dominguez Araújo

Pulsó el botón del encendido del ordenador, una potente máquina de última generación en la tecnología informática. Su ánimo se encontraba inquieto, no había dormido profundamente, lo que le molestó porque solía dormir a pierna suelta despertándose en la misma posición en la que había cogido el sueño.

Llevaba muy poco tiempo en la ciudad, tres meses, los mismos desde que se había incorporado a su nueva empresa, a la que se había adherido por su ofrecimiento en excelentes mejoras salariales, con un suplemento adicional para la vivienda. Todo esto había inclinado decisivamente su decisión de abandonar la empresa en la que trabajaba, aunque esto supusiese un traslado de ciudad, el alejamiento de personas conocidas.

Era consciente que con esta decisión realizaba una ruptura con su pasado.

Siempre había vivido en ciudades pequeñas, abarcables, como suele decirse, incluso en su periodo universitario, su residencia siguió siendo el domicilio familiar. Nunca fue tendente a las salidas nocturnas ni a las francachelas como los demás estudiantes. Era un solitario, más vergonzoso que tímido que rehuía lo mundano por falta de interés para él y tal vez porque veía en el mundo algo que no deseaba para sí, la imprevisibilidad. Su carácter no carente de un cierto estímulo obsesivo necesitaba tener ese mundo encuadrado en unos límites bien definidos, en un esquema mental geoméricamente inalterable. En ese aspecto sí podía albergar temores, temores que le producían inseguridades personales al comprobar que el mundo que le rodeaba, que el mundo en que vivía se encontraba fuera de su control.

Le ocurría esta misma sensación desde niño, refugiándose en el gusto por la matemática y el cálculo, después por la geometría y finalmente por la programación informática. En esta última fue donde encontró su refugio y con ella comenzó a vivir una vida paralela que en nada se diferenciaba de la otra pero que a su vez nada tenían en común. Vivencias virtuales, posiblemente, pero vivencias al fin y al cabo y para él, vivencias más intensamente reales que las monótonas, aunque imprevisibles vivencias cotidianas.

Se preguntaba, al principio a menudo, después con menor frecuencia, si su comportamiento era el correcto, respondiéndose tan a menudo como a menudo se hacía la pregunta: ¿Qué hay de emocionante en una vida cuyas respuestas de comportamiento son imprevisibles y a su vez, paradójicamente, con unas limitadas respuestas totalmente previsibles? En su actividad informática podría crear múltiples vidas en múltiples mundos diferentes, con variaciones infinitas. Podía crear su propio mundo y controlar sus vivencias en él, podía crear no un mundo sino mundos y vidas en plural. Haciéndolo se sentía reconfortado y divinamente omnipresente, aunque no omnisciente, en ese punto sentía la comezón de todo creador, pero sin llegar a ser consciente de que el creador es influenciado por su creación, viviendo desde ese instante lo creado en él. Simbiosis que no había comprendido y que, como parásitos, ambos se vivían uno del otro. Su alta comprensión matemática le había facilitado el camino para poder aplicarlo al cálculo y a la geometría informática, pudiendo introducir en sus trabajos personales mundos dimensionales semejantes a los de las mentes humanas. Descubrió, por mera observación que la mente humana obedecía generalmente a un patrón de comportamiento, y que este patrón de comportamiento podía ser codificable matemáticamente o geoméricamente establecido. Lo que no consiguió fue establecer una codificación para las personas dotadas de lo que comúnmente llamaban genio.

Sí podía codificar el comportamiento común o el pensamiento mundano trivial, pero el pensamiento abstracto era clasificable y como tal el comportamiento de estas personas era absolutamente impredecible. Habían sido muy pocos los genios merecedores de tal apelativo, pero los había habido, sin duda los había y seguía habiendo, tal vez esas excepciones suponían el eslabón que separaba al bruto del animal humano y a este último del humano que dejaba de ser animal para convertirse únicamente en humano.

Estos trabajos de alta investigación teórica informática no habían visto la luz, eran parte de sus secretos, eran la intimidad de su mundo y de su vida. Sabía que con ellos se abrirían múltiples posibilidades para la industria informática, que su aplicación, en diversos campos, configurarían, sin duda alguna, mundos a la carta para las naciones, incluso ofertados a los ciudadanos mismos. Una investigación muy peligrosa de ser mal utilizada, y seguro que así sucedería de caer en manos de los magnates de la industria y de los ocultos dirigentes de las naciones.

La empresa para la que trabajaba le había dotado de un magnífico ordenador con el que realizaba sus trabajos profesionales, pero el poseía lo mejor de lo mejor para su uso personal, hizo combinaciones hasta lograr el equivalente al Ferrari de los automóviles, pero en un ordenador personalizado.

El año de la pandemia, con miles de muertos reales únicamente en los medios de comunicación, trajo consigo leyes decretadas con mano militar, imponiendo el encierro en sus casas a la población, convirtiéndose la población en policía de sí misma. Se fomentó el trabajo domiciliario en aquellas profesiones que podrían realizarse a través de los ordenadores. Esto supondría un antes y un después con respecto a la actividad laboral, muchos de estos trabajadores fueron despedidos para posteriormente ser contratados como personal autónomo que realizaba un servicio a la empresa sin mantener con ella vínculo contractual alguno. No fue su caso, la empresa le sugirió la posibilidad del desempeño de sus funciones desde el domicilio durante el período de encierro, suministrándole el equipo necesario y un suplemento adicional en su salario, pero en ningún momento quisieron desprenderse de él, querían tenerlo cerca como un trabajador valioso. Durante ese año del secuestro ciudadano, la persona de la que hemos estado hablando, se encontraba como suele decirse, en su salsa, si por él mismo había limitado sus salidas, estas se habían visto reforzadas por las limitaciones impositivas exteriores.

Si este encierro produjo cambios sociales de gran importancia, poco visibles en aquel momento, no menos fueron los cambios que se produjeron en los individuos, cuyas psiques fueron alteradas en mayor o menor medida, en unos por los extraños líquidos inyectados obligatoriamente a modo de prevención y que denominaron vacunas, en otros por el temor a contraer una enfermedad, que según atestiguaban era mortal, en otros por el temor al padecimiento de la misteriosa enfermedad misma, y en la mayoría, por el clima de miedo extendido, unido al enfrentamiento diario con sus familias en un espacio reducido como son las viviendas, que junto con la institución matrimonial sin válvulas que diesen salida a estas tensiones en locales diurnos y nocturnos, convirtieron cada piso en un polvorín de secretas y manifiestas tragedias.

Vivía solo en su apartamento, en él permanecía durante todas las horas del día, exceptuando las salidas a la compra. Acostumbrado a la soledad, como ser solitario que era, no le había supuesto al principio quebranto alguno de sus inveteradas costumbres. El que se lo impusiesen empezó incomprensiblemente a hacer mella en él. Una especie de respuesta rebelde se manifestaba en su fuero interno, manifestación que no traspasaba estos límites, pero su ánimo se agitaba inquieto.

Nunca se había apercebido durante el tiempo que llevaba en el apartamento de ruido alguno, tan absorbido se encontraba con sus ordenadores, un día sus oídos fueron repentinamente liberados y abiertos al exterior, tomó consciencia de que en el edificio no era únicamente él quien vivía, identificaba el ruido del ascensor en movimiento, el ruido de la puerta principal al cerrarse, al igual que el ruido de algunas puertas que daban acceso a domicilios como el suyo. Tomó al principio todo esto como un juego, como una distracción personal que fue extendiendo a identificar según la lejanía de los ruidos el piso al que correspondía el inquilino. Matizó los ruidos según la forma de cerrar las puertas, con suavidad

o bruscamente, cerrados con dos vueltas de llave o con una solamente, si lo hacían únicamente cuando salían o también cuando se encontraban dentro.

El apartamento contiguo al suyo del que nunca nada había escuchado, dio comienzo a emitir toda una sinfonía de ruidos, sorprendiéndose de no haberse percatado antes de su existencia, porque indudablemente estos ruidos existían con anterioridad a que él los percibiese. La llave abría la puerta con decisión y la puerta era siempre cerrada con fuerza, aunque no con violencia. Quien quiera que fuese el inquilino o inquilina tanto que fuese de día como de noche, cerraba la puerta con doble vuelta de llave.

Diferenció el ruido del lavavajillas del producido por la lavadora, escuchaba también el ruido del agua desprendida por la cisterna del inodoro, así como escuchaba el ruido del agua de la ducha. Ambos baños tenían una cierta comunicación, a través de la rejilla de olores podían oírse con mayor nitidez todos estos ruidos incluso el ruido producido por el agua saliente del grifo de la pileta lavamanos, de la que diferenciaba el ruido del agua del grifo del bidet.

Con el tiempo, el juego se convirtió en seguimiento mental de los inquilinos del edificio centrándose paulatinamente en los ruidos procedentes del apartamento contiguo.

Sus oídos se afinaron de tal modo que era capaz de escuchar el clip de los interruptores eléctricos al ser accionados. «Acaba de encender las luces de la sala, enciende las del baño, ahora las apaga». Sin darse cuenta se había introducido mentalmente en el apartamento de al lado. Por ahora sabía positivamente que era inquilina y no inquilino, sus pasos, aunque firmes, mostraban cierta elefántica pesadez, no emitían ruido, lo que indicaba el uso de zapatillas deportivas. El día anterior había escuchado pasos de taconeo a la salida y pasos de taconeo al regreso. Intencionadamente controló las horas de salida y las horas de llegada. Acostumbrado en su trabajo a ser estructurado y meticuloso, elaboró un *planning* de seguimiento con todo tipo de incidencias y consideraciones que a él podía parecerle de interés, llegó a predecir con antelación los movimientos que haría al traspasar la puerta, incluso con un reloj digital predecía los tiempos con error de segundos. Si iba al baño él se desplazaba al baño también, con el fin de captar sonidos audibles, unas veces era el chorro de la orina, otras flatulencias que la mujer por norma general, expulsa únicamente en el baño. A veces le escuchaba alguna palabra o alguna frase suelta y dicha al azar, probablemente exteriorización inconsciente de su pensamiento.

Una noche la oyó quejarse de manera lastimosa desde el baño, la escuchó gemir, llorar quedamente mezclando alguna imprecación, «¡Qué extraño!», se dijo, «no suele levantarse al baño en horas nocturnas.

Además sus quejidos eran de dolor, atentamente la escuchó. La misma situación se repitió varias veces durante el resto de la noche, llegando a la conclusión de que probablemente estaba afectada de cistitis o un catarro de vejiga, ambas con síntomas extremadamente dolorosos durante la micción.

Al día siguiente las autoridades levantaron el secuestro ciudadano, que, como un estadio de sitio marcial al modo medieval, aislaban a los afectados por la peste marcando las puertas con una cruz verde y tapiando la calle, vigilando las posibles salidas con guardias armados con orden de matar. Así se realizó tal secuestro ciudadano, pero con los medios sofisticados que la técnica había proporcionado a los gobiernos.

En algunas poblaciones hizo presencia el ejército, como elemento disuasorio, pero su principal motivo había sido un ensayo, en el supuesto de salir el ejército a la calle en un golpe de estado militar, comprobar la respuesta de la población.

La población respondió sin responder. Esta respuesta política y sociológicamente interesantísima fue celebrada por el Estado como un experimento exitoso. A los pocos días los

soldados volvieron a sus cuarteles. La mansedumbre ciudadana era ejemplar, la programación televisiva y radiofónica, machaconamente catastrofista infundiendo un miedo visceral al igual que un visceral odio a quien miedo no tuviese y adoptase la medida de negarse a inyectarse un líquido desconocido, convirtieron a una pacífica población en agresiva contra las personas cercanas y familiares más allegadas. Los convirtieron en la extensión represiva del Estado.

El mismo día del levantamiento de la orden carcelaria y la imposición de guantes y mascarillas, sintió lástima y pena por la vecina, y malestar por la impotencia de no poder ni saber cómo ayudarla. Desde ese día cobró mayor interés por ella queriendo saber más, se apostó en los momentos de salida acercando su ojo a la mirilla de la puerta, con el fin de espiarla en toda regla y conocer como era. El instante al ser tan fugaz poco le aportó, además las mirillas telescópicas deformaban de tal manera que era mínima la coincidencia del parecido con la realidad. Poco lograba a través de este moderno ojo de cerradura, pero durante sucesivas y reiteradas vigilantes sesiones iba haciéndose una configuración de ella, mala e irreal, pero al menos tenía algo. Su pelo era de color oscuro, indicando que era morena a no ser que fuese teñido, pero no sabía de ninguna mujer de pelo rubio que se tiñese de oscuro. No parecía alta, más bien de estatura media, 1,65 m, tal vez, melena corta que a veces recogía en un pequeño moño en la parte posterior de la cabeza. Su rostro no podía definirlo como de facciones hermosas porque no había podido apreciarlas, pero le pareció que su rostro era de facciones agradables. Vestía de *sport*, aunque a veces con vestidos, pero siempre, fuese la ropa que fuese la que llevaba era de colores alegres.

Poco más había extraído de sus observaciones con esta paciente vigilancia ocular.

Una de las veces sintió que alguien además de ella entraba en el apartamento, la sospecha se convirtió en certeza al escuchar voces diferentes, aunque ambas eran femeninas. No entendía lo que hablaban, sus oídos adiestrados para la escucha no llegaban a una sutileza de tal grado. Arrimó su cabeza a la pared colocando la oreja pegada a ella, sintió el frío del tabique, frío que recibió con desagrado pensando que si permanecía de ese modo demasiado tiempo acabaría desarrollando una otitis. Escuchaba con bastante nitidez, se perdían muchas palabras que en el contexto general podían ser comprendidas.

La incómoda postura y el frío en la oreja que ahora se había trasladado al oído, le hizo temer una posible infección del oído o un tortícolis en cuello. Recordó que de niño le habían enseñado a construir un teléfono con recipientes de yogur vacíos unidos por un largo cordón de pesca que llaman tanza. Mientras uno hablaba el otro ponía en la oreja el otro extremo y la voz se escuchaba como si estuviese a su lado. Por asociación de ideas puso un vaso entre la pared y el oído ahora podía distinguir con mucha mayor nitidez las palabras siguiendo la conversación con dificultades, pero siguiéndola. No tenía nada de especial lo que escuchaba, temas del trabajo y algún cotilleo de compañeros, se oía el remover de la cucharilla en la taza de café, té u otra infusión, su olfato no llegaba al de las sutilezas auditivas. Comenzó a molestarle el cuello, se apartó del tabique con el propósito de adquirir en la tienda del espía por internet algún aparato que pudiese facilitarle las escuchas. No tardaron en salir, por la mirilla vio a dos mujeres jóvenes dirigirse al ascensor, este se encontraba fuera de su campo de visión, una pena se decía, durante la espera podría verla durante más tiempo. A la vuelta llegó desacostumbradamente tarde, todos los movimientos fueron idénticos a los realizados con anterioridad, lo único que le extrañó es que no hubiese tenido algo de consideración con los vecinos, amortiguando con un poco de cuidado los ruidos de vuelta de llave y el brusco cierre de la puerta. «Un descuido», se dijo, «La noche es proclive al consumo de alcohol, un poco de más es muy probable que sea la causa». «Vaya, vaya», expresó en voz alta delante de su ordenador, pues esperaba despierto su regreso, «la vecina viene un poco piripi».

A los pocos días recibió un paquete conteniendo el sofisticado aparato de escucha. Esa misma tarde fue probado con eficiencia notoria, se escuchaba perfectamente el programa que

la vecina veía en la televisión, escuchó, un poco distorsionado al principio por la interferencia televisiva, varias conversaciones telefónicas, que, al ser apagado el receptor, se escucharon perfectamente. Nada relevante, pero en la irrelevancia se encuentra el meollo oculto de toda cuestión. Las personas se ocultan tras la irrelevancia, siendo en la mayoría de los casos irrelevancias ellos mismos. Expresó en voz alta, pero en tono muy bajo temiendo inconscientemente ser oído. Sea como sea, debo escucharlo absolutamente todo.

Otro día le escuchó con atención la conversación telefónica con su madre, el tono empleado por ambas tenía sus altos y bajos, finamente tras algunos reproches femeninos cruzados sobre peluquerías y el deseo de un tatuaje en una pierna, las aguas volvieron a su cauce con las últimas sensatas palabras maternas: «Hija, mira bien lo que haces, nada en este mundo es para toda la vida, ni siquiera la vida lo es, ya que es cambiante, un tatuaje te acompañará siempre, aunque cambies posteriormente de idea y parecer, arrepentirse no servirá de nada, además tienes una piernas que allá por donde pasas siembras la envidia».

Le gustó la consideración reflexiva de su madre, debería hacerle caso, si además tiene las piernas tan bonitas como dice su madre, no debería impregnarlas con tinta y con dibujos de mal gusto. Claro que las madres ven en sus hijas la perfección y el juicio puede no ser objetivo, aunque he conocido madres que veían en sus hijas enemigas competidoras y como a tales las trataban. Las hijas que tenían madres semejantes quedaban traumáticamente tatuadas en su psique para lo que le restaba de vida. Madres así abundan muchísimo más de lo que desea reconocerse, también existen padres semejantes, pero en mucha menor proporción, y cuando lo hacen, el hombre lo orienta hacia el campo del éxito profesional, celándose de los éxitos de sus hijos, éxitos que él no pudo conseguir, o bien éxitos que desea que sus hijos consigan para poder vivir en ellos como cosa propia. Cuántos padres hay que desprecian a sus hijos por no haber seguido sus indicaciones profesionales, supuestamente para su propio bien, sin valorar sus actitudes o consultar sus disposiciones. «Qué mundo tan complejo es el de las relaciones paternas y filiales y el de las relaciones personales también», se dijo mientras depositaba el aparato sobre una silla orientado en la dirección que emitía mayor fuente de calor térmica humana. Sabía que la mayor parte de las conversaciones se mantenían por WhatsApp, a él no podía tener acceso, como tampoco podía tener acceso a su ordenador.

«No se me había ocurrido entrar en su ordenador y en su teléfono, hacerlo no me representaría dificultad, pero me parece un comportamiento rastrero y de una bajeza inaudita, no lo haré, no lo haré», finalizó su pensamiento repitiendo la última frase como para asegurarse que su decisión era firme.

Esa misma noche había entrado en su ordenador, al día siguiente lo había hecho en su teléfono.

La intimidad de la vecina había sido franqueada, tenía acceso a sus correos y a todos sus archivos, tenía acceso también sus conversaciones telefónicas vía WhatsApp. Podía escrutar que consultas realizaba en internet, sobre qué temas se encontraba interesada, que noticias buscaba, así como todo lo que llevaba consigo aparejado el ordenador.

Comenzó a saber más de su vida que ella misma, hurgando en las pequeñeces e intrascendentes asuntos cotidianos. Podía participar en sus grupos de WhatsApp, igualmente podía participar en los chats y foros de los que ella era asidua, pero no se atrevió, guardar el anonimato era la principal medida para observar libremente sin llegar a ser descubierto. El más pequeño desliz podría ponerla sobre aviso, conociéndola como él la conocía sería muy fácil caer en su propia trampa.

También era consciente que lo que había comenzado como un juego se había convertido en un obsesivo comportamiento indagatorio. Deseaba saberlo todo de ella, cuanto más sabía más deseaba saber, siempre le parecía poco. En esto de asemejar al financiero, al que toda

ganancia le parece poca y siempre desea más por el deseo en sí mismo, siendo el deseo quien dirige y redirige su vida.

Cierto que podría llamar a su puerta con una excusa plausible, pedir un poco de sal, un poco de azúcar, eran cosas de vecinos de los años cincuenta, así al menos lo reflejan en las películas cuando tratan edificios con viviendas populares. Podría ser algo más actual que fuese con los tiempos, llamar al timbre, presentarse como el vecino y preguntar si recibía señal de internet, porque él la recibía muy débilmente, incluso por momentos no la recibía.

La respuesta de ella estaría preparada de antemano con una contrarespuesta de él con la que pudiese entablar una corta conversación. Podía presentarse y pedirle un calmante para un dolor persistente de cabeza que le partía del cuello, diciéndole que no tenía el humor ni las fuerzas suficientes para acudir a una farmacia, esto último tenía todas las características de ser lo más efectivo, despertaría en ella el ánimo de protección maternal, el de ser útil ante la dolencia de un semejante, máxime si este semejante es el vecino de al lado y además hombre joven. De seguro que le traería paracetamol, ibuprofeno, ácido acetilsalicílico o un calmante similar moderno que dejan el hígado taconeando un baile flamenco. En toda casa donde habitan mujeres existen varios de este tipo de medicamentos.

En principio no daría pie a principiar conversación alguna, pero si aparecería ante ella como un ser desvalido necesitado de ayuda y cuidados, los cuidados no los prestaría, pero lo vería como alguien inofensivo de quien no sería necesario protegerse. Ese sería sin lugar a dudas un gran paso, al romper las resistencias de una mujer se tiene mucho terreno ganado.

Una mujer que abandona la actitud defensiva adopta la actitud contraria, la de la confianza y entrega interesada. Con esta primera presentación podría verla por primera vez contemplar su rostro, su pelo, su figura, sus manos, de siempre le habían gustado las manos de la mujer, sobre él actuaban con una irresistible atracción. Ciertamente que todo habría de transcurrir muy rápido, pero suficiente para una primera impresión, unos días más tarde podría volver a llamar a su puerta, pero esta vez sin dolor de cabeza ficticio alguno, ni real tampoco, aparecería ante ella con una buena caja de bombones de calidad en agradecimiento por haberle dado los calmantes. Aquí si daría pie a una mayor conversación, pasados los primeros momentos de nerviosismo ante el inesperado comportamiento y el menos esperado regalo, pues no se conoce mujer a quien no guste el chocolate, sobre todo los bombones.

Si adoptase una actitud de desproporcionada sorpresa podría adoptar consecuentemente una actitud de defensiva desconfianza, sería fácil conseguir que la desechase, comentándole que esa misma noche, tenía que ultimar un importante encargo cuyo plazo de entrega finalizaba al día siguiente. Insistiría que, con su generosidad en lugar de darle con la puerta en las narices, le había solventado un gran inconveniente. Ella se justificaría restándole importancia, yo insistiría en su generosidad tan poco frecuente hoy en día haciéndola sentir con este halago indirecto una mujer especial, sensación que una vez estimulada no hay mujer a la que pueda sustraerse. Por otra parte, despertaría en ella la curiosidad sobre mí, una vez despertada la curiosidad femenina todo se desplazará como un ferrocarril sobre sus railes sin interrupciones posibles. Lo único que habría que mantener sería constantemente esa curiosidad, sin la curiosidad la mujer deja de tener interés por lo que la rodea, bien sean personas o cosas.

Todo esto pensaba su mente elucubrante esquematizando y programando el comportamiento del futuro. Todo esto pensaba y en su pensamiento habría de quedarse porque era consciente que no se atrevería dar ese paso.

Su nombre lo conocía desde el principio porque figuraba en la etiqueta de su buzón, posteriormente al introducirse en sus correos y su ordenador no se le escapaba nada de su intimidad, conocía sus preferencias por sus compras y sus gustos por sus búsquedas en páginas

de internet, conocía también los programas y videos que visitaba y sin embargo no la conocía externamente.

Se asemejaba a un cirujano que ha hurgado en el interior del cuerpo anónimo sobre la mesa de operaciones, hurgando en sus órganos y desconociendo todo lo demás de él.

Era cierto que conocía sus acostumbrados movimientos en el domicilio y buena parte de sus preocupaciones exteriorizadas por teléfono y en el ordenador. Pero en el ser humano, al contrario que en la mayor parte de los animales, son los ojos el principal órgano orientador y clasificador. En el perro, por ejemplo, predomina el olfato, le sigue en importancia el oído, en último lugar en importancia la vista. En el hombre, prima la vista, con gran diferencia sobre la audición y esta con gran distancia del olfato. Necesitaba verla mejor, tenerla al alcance de sus ojos sin nada que pudiese interferir su visión. Propiciar un encuentro casual cuando saliese del ascensor y él a su vez saliese de su apartamento, sería un primer contacto, rápido pero efectivo. Lo descartó, la sorpresa con su impresión posterior la asustaría y la pondría a la defensiva inmediatamente. Barajó otras posibilidades, conocía con exactitud sus horas de salidas y llegadas, podría hacer coincidir una de las salidas en el portal con la entrada ella, le abriría cortésmente la puerta, le daría las gracias incluso hasta le sonreiría, con toda probabilidad le sonreiría.

Más adelante podría repetirse la operación sin que por ello se levantase suspicacia alguna. Mejor todavía podría combinarse con una coincidente salida del ascensor, así ella sabría que me tenía por vecino.

La idea le pareció magnífica. Rechazó sin embargo la coincidencia de entrar juntos en el ascensor, permanecer frente a frente en un espacio tan reducido, un cajón, al fin y al cabo, en el que entre dos personas desconocidas iba a generarse una incómoda tensión, breve, sí, pero desagradable. En los ascensores se generan, con frecuencia actitudes nerviosas, motivadas sin lugar a dudas por la cercanía de los cuerpos, un cuerpo desconocido que invade el espacio áureo o si se quiere el espacio vital de otro cuerpo, genera esta reacción de rechazo. Únicamente se supera si hay un conocimiento previo y si además se da comienzo a un pequeño cruce de frases triviales incluso, sobre el tiempo lluvioso, si está muy frío o algo similar, pero finalizando con algo personal que ofrezca confianza, algo así como, si soy sincero a mí me gusta el tiempo frío. Esto me daría un toque de atractiva extravagancia ante la que ella reaccionaría seguramente con curiosidad, de nuevo nos encontraríamos ante la mágica palabra que abre las puertas de acceso a lo femenino, quiero decir que abre las cerradas puertas de lo femenino hacia lo exterior.

Son opciones interesantes todas ellas aunque hay un inconveniente, al ascensor se sube muchas veces desde el aparcamiento. Hacerlo desde ese lugar sería el mayor de los errores, la razón es muy simple, al verse en el garaje con una persona desconocida le vendría a la mente el recuerdo de las violentas escenas de los films americanos, robos, asaltos, crímenes, violaciones, vampiros y hombres lobo sin contar con los temores internos proyectados al exterior.

No, ella no utiliza gafas, al menos cuando sale de la casa y la veo pasar por la mirilla telescópica. Es posible también que pueda utilizar lentillas, es otra posibilidad, pero no lo creo, es demasiado joven para el uso de lentillas, de no ser así me costará trabajo descubrirlo. El ejemplo de las gafas no es más que un ejemplo que puede llevarse a cualquier prenda. El caminar, la manera de caminar es realmente reveladora, a poco que uno se fije, analizar el caminar de alguien aporta tal cantidad de información sobre la persona como las sesiones de psicoanálisis realizadas durante años.

Un caminar con el cuerpo rígido implica, como consecuencia de esta rigidez, la manifestación de múltiples dolencias físicas, va asociada a una rigidez mental, tal vez sea a la inversa la rigidez mental desarrolla una rigidez física, que a su vez desarrolla dolencias. La

mente si es rígida no permite incorporar algo distinto de lo esquematizado en esa programación mental. Los miedos y los temores, infundados o no, enmarcan con márgenes estrechos dicho esquema. Lo nuevo, lo innovador, la aventura desequilibra de tal manera a una mente rígida que puede llegar en casos extremos a la angustia. En este caso las ropas suelen llevarse ceñidas al cuerpo, constriñéndolo, impidiéndole movimiento, sustrayéndole libertad. Las personas de caminar rígido y envarado, crean en su cuerpo una tensión muscular tan grande que el cuerpo pasa a convertirse en un bloque contracturado con numerosas molestias musculares y dolorosos episodios de dolores de espalda y cuello. Si fuese suelto su andar, tendría las características contrarias a las mencionadas, añadiendo a las ropas flojas una apertura al mundo que le rodea, sobre todo a las personas. En el primer caso estaría manifiestamente oculta una represión sexual que en el segundo caso no existiría, al menos en el mismo grado.

El caminar pesado, a menudo balanceante produce una sensación, a quien lo mira, de lentitud física, de lentitud física y mental retardada. Es un caminar de lentitud paquidérmica que no es predominio de mujeres maduras únicamente.

Qué decir de un caminar armonioso, con cadencia, con el torso derecho, la cabeza erguida sin mostrar altivez, de pasos ni demasiado largos ni demasiado cortos, caminando despacio y no apurada, con los brazos ligeramente unidos al cuerpo y no separados del cuerpo como pretendiendo desplegar alas para salir volando, qué decir de unos brazos con balanceo asemejándose ese caminar a un marcial desfile. Un caminar así sin exageración diría mucho de ella, como mucho diría otro tipo diferente de hacerlo. Y si llevasen tacones sus pies, el caminar debería ser a pasos cortos necesariamente, la espalda y la cabeza derecha. Pocas son las mujeres que dominan con arte la gracia de caminar con taconillo. Había visto a mujeres con tacones pareciendo que caminaban pisando huevos unas veces, y otras a pasos largos desequilibrándose casi hasta caerse y produciendo un efecto de lo más antiestético.

Vino a su mente las conversaciones de su abuela recordándole a su madre los ejercicios pertinentes para conseguir un elegante caminar con tacones de aguja, insistiéndole que únicamente debería utilizarse en cortos periodos de tiempo y nunca para caminar demasiado. El tacón de aguja, es elegante, le decía, realza y destaca el cuerpo femenino obligándolo a adoptar una erguida figura si no quiere caerse. Es para permanecer en lugares cerrados donde se estará sentada o de pie, pero caminando muy poco. Tan pronto se puede este tipo de tacón debe ser retirado de los pies y sustituidos por un calzado más cómodo.

En el ascensor únicamente puedo subirme con ella desde el portal o desde la salida de nuestras viviendas, lo ideal sería subir en el ascensor desde el portal en compañía de más gente, aunque el espacio estaría más reducido, se diluirían las tensiones al ser repartidas entre todos los viajeros ascendentes.

Debo diferenciar bien las procedencias del garaje de las de la calle, un indicativo lo tengo en el golpeteo de la puerta del portal al cerrarse, otro es que, si no corresponde a horarios de salida del trabajo, es que viene de la calle. Esta última consideración no es del todo cierta, no siempre se desplaza al trabajo en su automóvil. De momento dejaré todas las actuaciones posibles en el ascensor para más adelante, necesito saber cómo es y saber más de ella, lo más apropiado es prepararme para una de sus salidas, seguirla a una prudente distancia durante un tiempo corto, incluso puedo situarme a su lado en un paso de peatones en espera de la señal que permita poder cruzar, una vez en la otra acera tomaré la dirección opuesta a la de ella. Durante ese tiempo tendré ocasión de observar su vestimenta, su estética y su modo de caminar. La estética de la mujer en su vestir revela muchas cosas, muchas más de las que la mujer pueda imaginar. La semiótica del vestir es francamente interesante, con la ropa no se protege únicamente el cuerpo de las inclemencias del tiempo, también se protege de los fantasmas internos o externos de uno mismo. La semiótica es apariencia e imagen, las gafas son un instrumento que facilita la visión, esa es su finalidad principal, pues esa finalidad principal ha

pasado a un segundo plano ocupando su lugar el diseño de la gafa, incluso ocupa un lugar destacado si este diseño corresponde a una firma de moda. Ocupa un lugar destacado en la gafa si el material de construcción de la gafa es platino, oro, o con incrustaciones de brillantes.

Su abuela sabía mucho, tenía gran experiencia de la vida, había viajado poco, trabajado mucho, pasado las penurias de una postguerra, pero gran observadora de lo que la rodeaba. Esa capacidad observadora desarrolló en ella un conocimiento natural y sencillo, pero de gran profundidad, llevándolo todo a lo esencial, la ganga no le ofrecía interés alguno. En sus conversaciones al final lo sintetizaba todo admirablemente, le gustaba escucharla por ese motivo, primeramente, le hablaba con ejemplos, para él comprensibles dando rodeos, finalmente en un pequeño resumen realizaba una síntesis clara y concisa. De ella aprendió a lo largo de los años su manera de razonar, la ingente cantidad de probabilidades y combinaciones que pueden surgir ante una problemática planteada, pero sobre todo adquirió de ella la inconsciente dote de la observación. Sus padres se reían de él cuando se quedaba pasmado ante el vuelo de una mosca o cuando la mosca se posaba sobre unos granos de azúcar situados en la mesa. Su abuela permanecía en silencio no interfiriendo en la educación de ellos, pero cuando estaban solos, ella le explicaba que sin esa detenida observación nunca llegaría a saber cómo era el maravilloso vuelo de las moscas, vuelo que ya quisieran poder realizar los más modernos aviones. Papamoscas, le llamaba su padre. Ella le quitaba importancia diciéndole: «Pregúntale como es el vuelo de las moscas o como es su forma de comer, verás quien es el papanatas de verdad. Mejor no preguntes nada, algún día en el colegio estudiarás cosas sobre los insectos, la mosca es uno de ellos con lo que haces llevarás cosas aprendidas». A su abuela, su padre no le gustaba demasiado, pensaba de él que era un engreído y un tacaño, que se definía políticamente de izquierdas porque se identificaba con el puño cerrado de la tacañería por aquello de no soltar prenda.

Volviendo a la cuestión de la vecina, llegado el caso, la seguiría siguiendo un estricto método discreto y eficaz, poco a poco iría adelantando terreno en ese campo, conociendo los lugares a donde suele ir, comercios o cafés, las direcciones que suele coger, unas veces la seguiría, otras iría delante para que me adelantase en un paso de peatones o en la calle mismo, o cuando estuviese cerca entrar en un comercio, desapareciendo así de su vista. En otra ocasión podría caminar ante ella encaminándome hacia uno de sus cafés preferidos, sentarme en una mesa y marcharme del local bastante antes que ella lo hiciese, también podría quedarme hasta después que ella se fuese, podría en combinación con lo anterior, cuando ella entrase en unos de sus cafés preferidos, que yo ya estuviese allí y marcharme al poco tiempo de llegar ella, ofrece múltiples combinaciones y posibilidades efectivas de conocerla mejor, sería un trabajo de campo que debe ser realizado con meticulosidad un descuido, un error echaría todo a perder. En estos lugares podría ver a las personas con quien trata, sus conocidos y amistades, incluso escuchar parte de sus conversaciones. Infinidad de datos me aportaría esta vigilancia de calle, aportada por el trabajo de campo, término utilizado en espionaje. Sabría si consume café solo o rebajado con leche, si consume alcohol o refrescos, si tiene preferencia por locales tranquilos o bulliciosos, si sus amigos son en mayor cantidad femeninos o masculinos, si ellos consumen alcohol destilado o del fermentado, incluso sabría la cantidad de bebida que consumiesen. Las noches que saliese revestiría mayores dificultades para su seguimiento, por no decir insalvables, de no hacerlo quedaría interesantísimo vacío sin cubrir, la vida nocturna de una mujer representa el afloramiento de sus más ocultos deseos, la ruptura con la obligada hipocresía diurna que durante tanto tiempo se ve obligada a soportar. La noche diga lo que se diga es liberadora para la mujer, desea llamar la atención sin ser reconocida, la oscuridad de la salida nocturna despierta en ella su animalidad dormida, de ahí su preparación psicológica con horas o días de antelación, la dedicación física a su atuendo elegido con especial cuidado, peinado, maquillaje, perfume y demás utensilios femeninos utilizados para la ocasión. Habrá que controlar desde lejos los locales que frecuenta, tendría acceso sin levantar sospecha, sin levantar

la liebre utilizando terminología de caza, en locales de moda frecuentados por gente situada en la franja de los treinta y los cuarenta años. Dejando a un lado los otros locales cuya asistencia mayoritaria de jóvenes recién salidos de la adolescencia, ocupan con sus estentóreas voces decenas de metros distante al local. Desconozco su edad con exactitud, aseguraría que supera los treinta, no frecuentará entonces lugares para jovencitos que por no saber beber agarran unas curdas dignas de figurar en el Guinness. Las drogas de diseño en forma de pastillas o líquidos circulan entre ellos como norma en sus salidas, el hachís es algo demodé, la cocaína le va a todo el mundo, no la rechaza nadie desde el médico al paciente, del juez al delincuente, del alumno al profesor, de los padres a los hijos. No la rechaza nadie, eso sí, se encargan todos ellos muy mucho de ocultar su consumo.

También debo contemplar la posibilidad de que no sea de su gusto el frecuentar estos lugares, es una posibilidad lejana pero tan posible como la otra. No he tenido en cuenta que puedan atraerle las discotecas, que le guste bailar al ritmo de una música sin gusto alguno, de ser así, la asistencia por mi parte sería más fácil de pasar desapercibida, la poca iluminación, las estridencias e intermitentes reflejos lumínicos contribuirían con sus deformantes imágenes a mi camaleónico cometido. Qué gran cúmulo de informaciones extraería de ella en una discoteca, sería una auténtica veta del más puro mineral.

Sabría con qué tipo de música permanecería en la pista de baile, sabría cómo bailar, vería los movimientos de su cuerpo danzante, excitado y excitante. La última vez que he entrado en una discoteca había sido hace diez años, recién finalizados mis estudios informáticos, con anterioridad dos o tres veces había estado en discotecas, en ellas me encontraba perdido, el ambiente me resultaba ajeno, extraño en el medio de toda aquella gente similar en edad, no tenía ni deseaba tener nada en común con todos ellos, beber como cosacos, meterse químicamente algo más, para después agitar sus cuerpos como bacantes poseídas por la moderna deidad *bacoquímica*.

La última vez se me acercó una muchacha y me preguntó si tenía, ingenuo pregunté a qué se refería, la muchacha se marchó sin contestarme. Yo también me fui, pero del local, con la convicción de que no estaba hecho para las discotecas. El baile no me atraía, esa música ruidosa me desagradaba, aunque quisiera bailar no sabría cómo hacerlo, el ritmo corporal lo realizaría como un pato mareado.

Se rio de su ocurrencia, le pareció graciosa. Por otra parte, no consumo drogas, siguió pensando él, el alcohol con moderación ocasionalmente, si puede considerarse este como droga. Qué cosas tengo, por supuesto que debe considerarse como droga porque lo es y muy perjudicial y por añadidura con un índice de adicción social superlativo.

Una de esas pocas veces que había penetrado en un antro musical con un grupo de compañeros de facultad, aguantó casi hasta la hora de cierre toda la infernal barahúnda, al final una de sus compañeras, bien adobada de gin-tonic se echó sobre él felinamente, apestaba a ginebra, con desagrado huyó de ella y del local, cuando quiso disculparse de su comportamiento, con sorpresa se enteró que ella no albergaba recuerdo alguno de lo acaecido.

En definitiva, pensaba, las discotecas son mundos para mí desconocidos, pero visto con otra perspectiva y con un bien definido objetivo puede ser distinto, muy distinto.

Antes de adelantarme con ideas futuras que sólo conllevan un gasto de energía que es necesario conservar, comenzaré por el simple seguimiento metódico y paulatino ampliándolo en la medida de mis progresos.

Para su sorpresa esa misma noche la vecina tuvo compañía, daba comienzo el fin de semana, la compañía era masculina, por el tono de voz grave que escuchaba en las conversaciones. Una curiosidad malsana lo invadió esta vez empujándolo a realizar un

exhaustivo seguimiento con todo el aparataje de que disponía, se lamentó no haber adquirido una buena máquina de rayos infrarrojos, en todo momento podría seguir la situación de sus cuerpos y sus desplazamientos.

Por medio de la voz suponía donde estaban y como estaban, pero no lo que hacían, sentía que esa visita le estaba sustrayendo algo suyo, se estaba apropiando de algo que a él le pertenecía, se sentía atacado y robado y por parte de ella, engañado. Un tremendo malestar con ira contenida se apoderó de él, malestar difuso sin motivación, aparente al menos, sin embargo, era manifiesta. De repente se sorprendió a sí mismo, acababa de darse cuenta que estaba celoso, tenía celos de ese desconocido que se encontraba en la casa de la vecina. ¿Con qué derecho puedo pensar de ese modo?, ¿Qué representa ella para mí?, ¿Qué tipo de relación hemos establecido entre nosotros para tener ese derecho? ¡Soy un imbécil! Abandonó el instrumental de espionaje para una hora más tarde recogerlo y comenzar con la escucha de nuevo. ¿Por qué he de pensar que es su amante? Puede ser su novio que por motivos de trabajo reside en una ciudad alejada y teniendo unos días libres los utiliza en una corta estancia con su pareja. Puede suceder que esta visita sea un hermano suyo o mismo de un amigo y compañero de estudios, que nada tenga que ver con íntimos contactos. Si no fuese nada de estos y fuese alguien con quien mantiene relaciones, tiene todo el derecho de hacer lo que le venga en gana, es su cuerpo y es su casa. Finalizó pensando mientras seguía escuchando nítidamente las conversiones a través del tabique por medio del instrumental de espionaje.

Escuchó y sabía con certeza que se encontraban en la habitación, siguió escuchando con atención, el corazón comenzó a elevar su número de pulsaciones, el aparato no mostraba señales sonoras, el silencio elevó todavía más el número de pulsaciones, de repente un ligero murmullo comenzó a oírse, un pequeño jadeo y de nuevo el silencio, para poco después escuchar hablar. ¡Todo demasiado rápido! pensó ¡más bien pareció un salto de longitud que otra cosa! Añadiendo este pensamiento al anterior.

Algo más tarde comenzaron de nuevo los jadeos, se escuchó que ahora era ella quien los hacía también, de repente se interrumpieron. Este tío la está dejando a dos velas, expresó en voz alta, pero con cierta satisfacción, lo que venía a decir que él lo hubiese hecho mejor.

Algún tiempo después la puerta se abrió y se cerró con vuelta de llave, la visita masculina se había ido, con su aparato detector de voces permaneció escuchando, era tarde, avanzada la noche, ella se había acostado, él iba a hacer lo mismo, cuando iba desconectar la escucha espía volvieron los jadeos, se intensificaron unos instantes, después el silencio.

A través de internet logró entrar en varios de los foros en los que ella participaba, él no lo hacía, leía las intervenciones sobre el tema que trataban, cotilleos estúpidos de una infantil simpleza, sin embargo, fue sorprendido cuando en uno de ellos su intervención fue lógica y de aplastante razonamiento. Los otros contertulios o más bien *conterforos* desplegaron contra ella todo tipo de descalificaciones, algunas llegaron al insulto. Al final de aquel chaparrón, ella escribió ¡Que os den inútiles! ¡descerebrados! Y se dio de baja en esos foros porque eran los mismos *conterforos* quienes participaban en todos ellos.

Se alegró él con este comportamiento, nada se le perdía a ella en esas conversaciones, aunque fuesen escritas, con esa gente.

En el momento de esa reflexión también se dijo, no puedo llamarle relación epistolar porque no lo es, conversación escrita es lo más aproximado para definirlo, aunque si profundizo algo más no podría llamarse conversación a lo que hacen, sentencias, juicios de valor, descalificativos, y total ausencia de razonamientos. Naderías es lo que suele haber en los foros que ellos mismos denominan, lugares de debate y de aportaciones, adultos con mentalidad adolescente jugando a quien sabe más, es decir, quien dice más de lo que otros que saben han

dicho. Más de lo mismo, trátense estos temas de política, de televisión, científicos, periodísticos o médicos, la misma mentalidad con el mismo Perogrullo.

Se alegró que, en un arranque de enfado, hubiese mostrado su carácter, un carácter fuerte que sabe erguirse cuando ponerse en pie debe. Sintió admiración por ella, sabía lo que suponía desprenderse de la relación con los *conterforistas*, era dar un paso hacia el ostracismo de las redes, significaba aislarse del mundo de las redes sociales, separarse del mundo de las relaciones virtuales, romper con él ocupando su lugar una única cosa, la relación tangible con el mundo real. Como informático de altos vuelos sabía lo que eso significaba, en otro tiempo había estado participando en foros asiduamente y desde una edad muy temprana. Sabía por experiencia propia de lo que hablaba, para él había sido un refugio desde el que podía expresarse sin timideces, la ruptura con esa manera de relacionarse con el mundo le costó un gran esfuerzo de voluntad, el mismo esfuerzo que hubo de realizar cuando abandonó todo tipo de juegos. Un gran vacío surgió como un abismo, el tiempo se le abrió como una extensión llana sin accidentes geográficos que interrumpiesen su infinita longitud. Un desierto totalmente plano, hasta donde alcanzaba la vista se presentaba ante él sin mostrarle dirección alguna, vacío, totalmente vacío, pero como posteriormente pudo comprobar lleno de todo tipo de posibilidades. No se atrevió a coger el toro por los cuernos, como suele decirse, no se atrevió a palpar el mundo real, a confundirse y contaminarse con él, en una palabra, a vivirlo, en su lugar creó su propio mundo a través de sus conocimientos informáticos, un mundo artificial reproducción fotocopiada, pero con las divinidades de su dios creador, que era él. En ese informático mundo se comportaba como creía que Dios se comportaría, unas veces omnisciente, omnipotente, alcanzando una especie de sosiego o de tántrica paz, otras veces dejando la todopoderosa omnisciencia y la todopoderosa omnipotencia, se sumergía en el mundo por él creado, despojado de las facultades y atributos como creador. Ese mundo había sido relativamente apartado desde que en su vida entró la vecina dando una pincelada de interesante colorido a sus vivencias, sintió interés, sintió curiosidad, sintió alegrías y enfados, sintió como los celos mordían en su carne por primera vez, sintiendo también el placer producido por el dolor. En el mundo real él no era creador, se encontraba a merced del mundo como cualquier otro, sus temores internos, existentes externamente como posibilidades, eran semejantes a las que en su mundo virtual había creado. Esta muchacha, la vecina con su sola presencia lo había sacudido despertándolo de su sueño de divinidad creadora, gritándole: ¡Abre los ojos de una vez, lo que tienes de Dios es tu humanidad!; Despierta, lo que tienes de creador es vivir para crearte a ti mismo! Con frecuencia los acontecimientos más intrascendentes pueden dar origen a los acontecimientos de mayor trascendencia, pueden hacer que la vida gire tomando direcciones hasta ese momento insospechadas o hasta ese momento no atrevidas a seguir por su aterradora perspectiva.

Lentamente casi sin darse cuenta, iba alejándose de su propio mundo virtual que era sí mismo, tocando tierra, impregnándose del barro bíblico, en una palabra, humanizándose. Adán podría llamársele, pero sería tan inexacto como estúpido llamarlo así, era uno más de los muchos al que los miedos inespecíficos no le habían permitido vivir y que por sus personales aptitudes informáticas había construido un mundo a través del cual huir para seguir viviendo sin haber vivido. Ahora tenía su propio reto, regresar a la vida de la que había venido y que por miedo o incompreensión había rechazado. Así lo entendió porque lo supo ver con la ayuda del comportamiento de ella al retirarse de la tribu de los *forosos*. Este acto de arrojo, este comportamiento de valentía despertó en él, por comparación, el deseo de un comportamiento similar: «Si ella se ha atrevido, si ella lo ha hecho, no habré de ser yo quien tenga menos coraje».

Decidió con dudas y dolorosamente terminar definitivamente con ese mundo de ideal irrealidad que había creado y en el que vivía sin lograr desarrollo personal alguno. Hábil desde niño para las matemáticas se refugiaba en ellas jugando con los números, construyendo con ellos argumentos con los que disfrutaba en situaciones insólitas, sin saber cómo y sin realizar complicadas ecuaciones, utilizaba las dimensiones matemáticas como diversión, nadie conocía

esta faceta suya que él consideraba como normal y que todo muchacho hacía. Con los años se enteró que el estudio y la investigación de las dimensiones era algo relativamente reciente, todavía en desarrollo y a la que unas pocas mentes privilegiadas tenían acceso. No le interesaron esos estudios, ni aplicar por medio de ecuaciones su matemática mental de constructiva evasión. Destacaba en sus estudios, pero tenía la habilidad de pasar desapercibido, durante los exámenes realizaba ejercicios intencionadamente con errores para que sus calificaciones no llamasen la atención. Una vez uno de sus profesores, en ese tiempo cursaba en la universidad, le dijo: «Es usted un genio o un idiota». A lo que él respondió: «El auténtico genio suele ser ambas cosas». Desde ese día, el profesor no le quitaba el ojo de encima y él para quitárselo de encima no le quitaba el ojo a él, pero de reojo.

De momento aparcaría su extraordinaria creación informática, se olvidaría de ella. Tendría que aprender a vivir de nuevo, seguiría espionando, vigilando a la vecina, siguiéndola e imitándola aprendería de ella. Con este pensamiento de buen propósito se durmió profundamente.

Durante unos tres días trabajó intensamente, logró terminar mucho antes del tiempo que tenía previsto para su finalización un encargo, había ganado varias semanas para sí que emplearía como mejor considerase, esta consideración lo condujo de lleno a entregarse a saberlo todo sobre la vecina. Con esfuerzo terrible, hizo a un lado el miedo al ridículo, miedo que lo atenazaba desde la infancia, y vigiló en el garaje cual era el auto que ella conducía, no tuvo suerte, ese día ella tomó el autobús. Al día siguiente no apareció tampoco en el garaje, pero sí lo hizo el tercer día, amaneció lloviendo y no en poca cantidad, se subió a un utilitario de color rojo. No desentonaba con ella, un poco llamativo el color para su gusto, pero no para el gusto de ella. Por otro lado, él no tenía por qué coincidir con sus gustos femeninos. La vio caminar apurada como toda mujer cuando se dirige al trabajo. Extrajo la conclusión, que en general utilizaba su coche para desplazarse al trabajo ocasionalmente o en días lluviosos.

Al día siguiente se encontraba en la acera de enfrente del portal, la vio salir concentrada en sus pensamientos y dirigirse a una parada cercana del autobús. La siguió desde la otra acera a cierta distancia hasta llegar a la parada. Dos días más tarde él se encontraba esperando en la parada del bus y ella llegó uniéndose al grupo, cuando el bus llegó se instalaron los pasajeros, utilizó un asiento libre, el asiento contiguo al de ella, pero al otro lado del pasillo. Con miradas rápidas la pudo contemplar durante el tiempo que duró el viaje, también la había observado en la parada. Ahí la contempló a sus anchas y a sus largas. Al subirse al autobús lo hizo tras ella, eran prácticamente los últimos, aspiró un rico perfume, suave, se fijó en su pelo, más bien de melena corta, negro y ligeramente ondulado. Sentada su perfil no le hacía destacar nada, lo que entendía por esto que el perfil de su rostro era perfecto. En la visión de los perfiles es donde se aprecian muchas de las imperfecciones del rostro.

El autobús se iba llenando, en cada parada liberaba su carga compensándola con la entrada de otros viajeros, poco a poco el número de viajeros iba descendiendo.

Aprovechó la próxima parada para abandonarlo, no quiso seguir hasta donde ella se bajase para evitar todo tipo de sospechas. La siguiente vez que lo intentase subiría al autobús en la parada anterior, se instalaría en un asiento, a ser posible del fondo, cuando ella descendiese, en lugar de hacerlo también continuaría sentado observando la dirección a donde se dirigía. «A pequeños pasos se llega más lejos», se dijo. Dos días más tarde realizó la operación programada, pero ella ese día no vino. Lejos de contrariarse lo tomó con filosofía, descendió del autobús prefiriendo regresar caminando, el frío de la mañana no le desagradaba, soportaba mucho mejor el frío que el calor, llevaba muchos años sin caminar a horas tan tempranas, saboreó la sensación casi novedosa, los comercios cerrados, el día despuntando, las calles solitarias, nadie lo observaba, nadie lo requería, a nadie molestaba. «Una delicia, tantos años perdiéndome esta maravillosa sensación». Por la noche también podría hacerse, pero en ella salen ciertos felinos urbanos con los que pueden producirse encuentros desagradables.

No regresó directo a su cueva, luchó, venció su acostumbrada inclinación, y entrando en una cafetería desayunó con apetito, la cafetería comenzaba a llenarse paulatina pero constantemente de gente que desayunaba con prisas, muchos de ellos bebían un simple café con algo de leche, se sorprendió al ver como varios bebían una copa de brandy a esas horas. Ya en la calle se propuso realizarlo más a menudo, «¿por qué no a diario?», pensó, un buen paseo matutino y un buen desayuno, sería un estimulante comienzo para afrontar el día.

De regreso en la cueva, escuchó toser a través del tabique, después el ruido del agua de la ducha, de nuevo toses, conectó el aparato de escucha, pudo distinguir los ruidos de preparación de un desayuno en la cocina, otra vez en el baño con el sonido eléctrico del cepillo de dientes poco después abrir y cerrar la puerta de entrada con doble vuelta de llave. La escuchó toser mientras esperaba el ascensor. Calló en la cuenta que se encontraba con un buen constipado, con fiebre, con una afección de garganta o una gripe. Esa había sido la razón por la que no había ido a la parada del autobús, por su parte él no había ido al garaje a comprobar si se encontraba el coche en su plaza. La salida correspondería a la visita al médico. Volvió a ponerse rápidamente la ropa de abrigo y salió a toda prisa tras sus pasos, conocía donde quedaba el ambulatorio médico de la zona, el autobús era necesario para alguien disminuido por la enfermedad. Se dirigió a la parada, vio al autobús que se acercaba desde el fondo de la calle, apuró el paso llegando ambos al mismo tiempo, únicamente subieron tres viajeros. Se sentó varios asientos detrás del de ella, cuando creyó que era la parada del ambulatorio médico con tiempo suficiente pulso el botón de stop, ambos bajaron del vehículo, con ellos bastantes de los viajeros, muchos de ellos ancianos, algunos no tan ancianos, pero con rostros enfermos.

No se había percatado de su presencia, tan ensimismada se encontraba con su dolencia que solamente tenía ojos para sí misma. Fue uno de los últimos en abandonar el autobús, no la siguió por el edificio, ocupó asiento en un lugar discreto cerca de la entrada, desde ese lugar de observación podía vigilar sin ser visto, la vería venir descendiendo la escalera o saliendo del ascensor, tendría tiempo suficiente para salir a la calle y situarse a la espera del transporte antes de que ella llegase, la parada estaba situada a las puertas del edificio. Otros viajeros dolientes, todos ellos escupidos por el edificio esperaban a su vez, cada cual soportando como podían sus afecciones. ¿Por qué la había esperado? ¿Por qué una preocupación por su salud lo empujó impulsivamente sin mediar razonamiento alguno? Actuó visceralmente sin pensarlo, no se preocupó por la gente que lo rodearía en el autobús tanto a la ida como a la vuelta, no se preocupó por la gente en espera en las paradas, ni de la gente del ambulatorio médico, únicamente quería estar cerca por si sintiéndose indispuesta necesitaba ayuda; él podría prestársela. Durante el trayecto de vuelta se mantuvo discretamente a una distancia que pudiese observar sin ser observado, bajaron del vehículo, la mañana a medida que había ido avanzando había descendido en temperatura con una ligera brisa, que incrementando la sensación de frío la hacía desagradable. Con pasos inseguros no se dirigió a su domicilio, ascendió una pequeña cuesta de una de las calles transversales. La siguió por la acera de enfrente, comprobó cómo entró en una farmacia, mientras esperaba su salida, se le ocurrió que él podía entrar también, comprar cualquier cosa de las que allí venden, vitamina C o algo similar, que ella lo viese y que minutos más tarde coincidiesen en el ascensor, intercambiasen algunas frases sobre el tiempo y los enfriamientos griposos, a la salida del ascensor, ambos se sorprenderían de ser vecinos puerta con puerta. Se le ofrecería a llamarla unas horas más tarde para preguntarle cómo se encontraba y si necesitaba alguna cosa. No se atrevió a hacerlo, todo quedó instalado en su mente, poco tiempo después la vio salir de la farmacia con medicamentos, parada ante la puerta los introdujo en su bolso. La observó caminar un tanto insegura no obstante el bolso lo llevaba con soltura y el caminar inseguro a pesar de la fiebre, que seguramente tendría, le proporcionaba cierta gracia natural.

Permitió que subiese ella sola en el ascensor. Desde el portal, expectante, esperó hasta oír como ella abría la puerta de su casa con su forma peculiar, porque cada inquilino tiene su

peculiar manera de abrir y cerrar las puertas de su casa. Iba a esperar unos minutos antes de subir a su piso, repentinamente le entraron unos incomprensibles deseos de comer algo dulce, unos pastelillos o cualquier chuchería de supermercado. El gusto por lo dulce no era habitual en su ingesta alimenticia, había desayunado estupendamente, a pesar de ese buen desayuno, las ganas de comerse los pastelillos hicieron que saliese a la calle en busca de una pastelería que encontró a la vuelta de la manzana. Compró un paquete de pastas y dos pastelillos con intención de comérselos inmediatamente, cosa que hizo sentándose en un banco de la calle instalado a pocos metros. Alguna transeúnte se fijaba con mirada rápida en él, otras lo veían con mayor discreción por el rabillo del ojo, matando, que palabra más fea esa, satisfaciendo con esa mirada parte de su curiosidad.

La mañana, a pesar de estar cercano el medio día, se había vuelto desagradablemente fría, sin importarle el frío comía con deleitación y sin prisas lo que en aquellos momentos para él representaba un novedoso manjar. «Novedoso, lo que se dice novedoso, no es», pensaba, recordando que cuando era niño, acompañado de su abuela, una vez a la semana a media tarde en una pastelería de tres o cuatro pequeñas mesas, se sentaban ante una de ellas, y mientras su abuela pedía una tartaleta de manzana con un jerez, él se comía dos pastelillos. Siempre se comía uno de merengue seco, ese no podía faltar, y añadía uno de crema pastelera que a veces cambiaba por unos pequeños besitos de coco algo fresco. Le encantaban esos momentos acompañado de su abuela, el olor de la pastelería y la colorida visión de las diferentes variedades de pasteles expuestos en las vitrinas del mostrador. Esos mismos pastelillos eran los que había comprado y que se estaba comiendo ensimismado en sus infantiles recuerdos. Después de ese refrigerio cogido por la mano de su abuela entraban en varios comercios, por último, entraban en una juguetería. Ambos tenían el tácito acuerdo, ella no compraría nada porque nada necesitaba, simplemente iba a estos grandes comercios para estar al día de las nuevas ropas de venta en el mercado. A él tampoco le compraría nada, juguetes no necesitaba, en una de las visitas en la juguetería, se quedó prendado por un pequeño coche de bomberos metálico, no dijo nada, pero en sus manos le dio varias vueltas, las puertas se abrían, la escalera que portaba era extensible, y su color rojo llamativo lo recordaba vivamente a pesar de los años transcurridos.

La siguiente vez que volvieron a la pastelería, la dependienta preguntó sonriéndoles: «¿lo de siempre?». Su abuela afirmó. Él intervino diciéndole a su abuela que no comería los pastelillos y que los cambiaba por el coche de bomberos de la juguetería. Su abuela lo miró fijamente:

—¿Tanto te gustó el juguete?

—Muchísimo, además de abrírsele las puertas y extenderse la escalera, tienen cuerda las ruedas traseras —le respondió.

—Si tanto te gusta debiste habérmelo dicho antes — le dijo, orgullosa de que su nieto tuviese más delicadeza que muchos adultos. A continuación, le indicó a la dependienta, que expectante esperaba el desenlace de aquella pequeña conversación, —Lo de siempre.

La dependienta le añadió en el plato unos besitos de coco.

—Estos te lo regalo yo —, le dijo mientras le removió cariñosamente con los dedos el pelo de su cabeza.

Visitaron como de costumbre los comercios habituales, compró su abuela en una tienda con un largo mostrador de madera, una colorida tela para hacerse una blusa en su modista, después entraron en la juguetería, se dirigió directamente al estante y allí estaba flamante destacando sobre todos los demás el coche de bomberos, lo cogió en sus manos y se lo mostró a su abuela. «La verdad es que es bonito, parece una reproducción exacta de un auténtico coche de bomberos», le expresó ella.

Salieron de la juguetería, ella portando en una mano la tela y con la otra cogía la mano de su nieto, él llevando en una bolsa el coche de bomberos empaquetado en su caja. Desde aquel día cuando visitaba la juguetería, su abuela le preguntaba si le gustaba algo, una vez le respondió: «Me gusta todo, pero todo no se puede comprar abuela».

Sintió frío en las piernas, se levantó y se dirigió a la cueva. No recordaba sentarse en un banco de una calle y si alguna vez lo hizo habría sido únicamente en un banco de alameda.

Apenas cerró la puerta escuchó toser repetidas veces a la vecina, aun sabiendo que no era grave, sintió por ella preocupación. Tendría escalofríos y le dolería la garganta seguramente, nadie estará con ella para ofrecerle cuidados o algo de compañía, la compañía siempre se agradece durante la enfermedad. Pocas son las personas que saben cómo tratar a una persona enferma o convaleciente de enfermedad, algo tan sencillo se le presenta como algo muy difícil ¿Qué es cuidar a un enfermo o a un enfermo convaleciente? ¿Llevarles los medicamentos prescritos por el médico a sus horas? ¿Llevarles las comidas reglamentarias y tratarlos con la asepsia que caracteriza el comportamiento hospitalario? Mejor es algo que nada, indudablemente, pero ese comportamiento es propio del personal médico por muy idealizado que se ponga en las películas.

El familiar que acompaña y cuida al enfermo hospitalario, como su propia palabra indica, lo acompaña en ese tiempo de indefensión, tranquilizándolo con su presencia, no sintiéndose desamparado y afectivamente estimularlo por los cuidados proporcionados. ¿Y en el domicilio, en el propio domicilio del enfermo? Debiera hacerse lo mismo, sin embargo, nunca tan olvidado se encuentra un enfermo como en su propia casa. Comúnmente se le ofrece la medicación prescrita, las comidas las hace a menudo en solitario si está encamado, y poco más. ¿Dónde reside la compañía, dónde se encuentran los afectos familiares tan ensalzados, dónde se encuentra la alegría familiar que tanto bien hace al enfermo, dónde se encuentra la divertida alegría de recibir el convaleciente la diaria visita en su casa de los amigos con quien trataba? ¿Dónde se encuentra? En ninguna parte puede hallarse porque tal cosa no existe y si en algún tiempo ha existido, ha desaparecido. ¿Cuáles son las razones de este humano comportamiento? Varias podrían enumerarse. En este punto de reflexión fue a sentarse en su cómoda silla de trabajo portando en su mano una tisana que se había preparado.

Una de las razones de este comportamiento familiar, siguió pensando retomando el tema, reside en que las familias no se quieren, en las familias no hay amor y aun concediendo que lo hubiese, no saben cómo manifestarlo. Al no haber amor lo que hay son intereses variopintos, costumbres, hábitos rutinarios y resentimientos ocultos, al enfermo se le cuida y se le trata como cuando se encontraba sano. Otras de las razones no menos importante, es que en las familias puede existir de todo menos delicadeza, alegría y dedicación. A la alegría la llaman tontería, a la delicadeza simpleza, a la dedicación pérdida de tiempo, a las acariciadoras muestras de afecto, cargante pesadez. He ahí el grato ambiente familiar en el que vive el componente sano, he ahí el grato ambiente familiar en el que ha de recuperarse el enfermo. Otra de las razones es la educación para el trabajo que ha sido instalada en las adultas mentes desde niños, se nace para el trabajo, el trabajo es la actividad primordial regente en nuestras vidas, ante el trabajo nada puede anteponerse, nada puede interrumpirlo. Una persona enferma, aunque la enfermedad no se extienda a más de unos pocos días, representa un gran quebranto para la actividad de las personas que rodean al enfermo, el deseo de su mejoría no está pensado en el enfermo mismo, si no en los sanos, para que nada pueda apartarlos del rutinario comportamiento.

Los familiares exteriorizan quejas de este inconveniente revestidas de frases afectivas cuando en el fondo ocultan lo contrario. La amistad, ¿qué es la amistad?, habría que preguntarse. Camaradería ocasional, tal vez sea lo existente, camaradería en el trabajo, camaradería en la diversión de cafés y en lugares similares para jóvenes y adultos, pero en la

enfermedad, en la necesidad, la amistad es inexistente, la divertida camaradería brilla por su ausencia.

Bebió la tisana a pequeños sorbos, su mente mientras tanto permaneció en silenciosa quietud, descansando, recuperando fuerzas o tal vez descendiendo en esa silenciosa quietud al abismo que conduce al enigmático lugar donde son almacenados los recuerdos, recuperando alguno de ellos, por asociación con sus reflexiones. Esto último no tardó en suceder. Vinieron a él las imágenes cuando de niño vomitaba, una mano apoyada en la frente le amparaba la cabeza, recordaba la sensación de la frente apoyada en la palma de la mano de su madre o de su padre, a pesar del vómito y del malestar, la sensación de tener la mano en la frente era muy agradable, le transmitían seguridad y tranquilidad. De niño se asusta uno cuando vomita. De adulto las dos veces que tuvo que vomitar, la causa fue siempre el consumo desmedido de alcohol, lo hizo solo e interiormente echaba en falta esa mano tranquilizadora en su frente. Las veces que de niño hubo de permanecer en la cama por enfermedad, su padre permaneció a su lado en todo momento con escasos momentos de ausencia. Su abuela tenía razón al calificar a su padre como un buen representante de la tacañería, lo que se conoce como agarrado, sin embargo, era generoso en todo lo demás que no fuese dinero, extraño comportamiento porque el tacaño suele serlo en todo, el tacaño o el agarrado es además gorrón, degenerando en avaro. El tacaño se felicita si le invitan al café librándose de esta forma de pagarlo, si puede fumar uno o dos cigarros gratis se felicita igualmente, alguno no paseaba por no gastar zapatos. El tacaño no es generoso con nadie, no se entrega a nadie ni a nada, todos sus actos son fingidos y orientados a conseguir algo gratis, le vale todo con que no tenga que pagarlo. Su padre era un tacaño atípico, si le ofrecían algo que no necesitase lo rechazaba, no invitaba, pero tampoco permitía que lo invitasen. Tacaño en su casa sí lo era, actitud que compensaba su madre gastando por los dos. Su padre era tacaño única y exclusivamente con su dinero, por lo demás ofrecía su tiempo, su ayuda y era cariñoso con él y con su madre. La abuela no lo quería bien y se reía de él por lo bajo, por su tacañería, pero lo disculpaba porque comprobaba que tenía buen fondo y era noble, todo mientras no tocasen su dinero. Algo debió pasarle en su infancia para temer y conservar toda su vida esa obsesión fijada solamente en ese punto. Un tacaño es además un mal amante, un mal marido y un mal padre, ninguna de esas cosas lo fue, mi madre que lo sabía llevar estaba contenta con él, lo de buen amante es probable porque mi madre siempre ha tenido un rostro luminoso y un carácter alegre, con amorosas miradas a él, indicativo en una mujer de que tenía buena solvencia sexual.

Durante la enfermedad, su padre permanecía a su lado, leyéndole cuentos en voz alta, contando historias reales o inventadas, váyase a saber, eso hacía hasta que superaba la dolencia y estaba listo para el colegio.

De adulto nunca estuvo enfermo, excepto alguna afección muy esporádica de constipados, no recordando cuando había sido la última vez, las superaba adquiriendo la mejoría con prontitud.

Los recuerdos fueron interrumpidos por un intenso ataque de tos de la vecina que se prolongó con intermitencias durante varios minutos. Está bien agarrado al pecho, has pillado un buen catarro con afección de garganta, si es gripe el médico habrá recetado un antibiótico, cortará en poco tiempo el malestar mayor, impidiendo que la enfermedad vaya a más. El antibiótico es mágico, parece un truco de magia, quita una enfermedad y pone en proceso de desarrollo diez. A comienzos de 1950 los libros de medicina recomendaban el uso de la penicilina y sus derivados, cuando no habían obtenido resultados favorables otros métodos de cura, el antibiótico debía utilizarse como remedio final. Desde hace años se utiliza y prescribe como remedio inicial, los animales de las granjas son inyectados con antibióticos como preventivo de enfermedades, su alimento lleva agregados antibióticos, a los peces de piscifactoría en el alimento que se le suministra llevan incorporados varios tipos de antibiótico

salvaguardándolos de ciertas ictiopatologías. Todos estos antibióticos se encuentran en la leche y quesos, en las carnes de aves, mamíferos y peces que pasan a nuestro cuerpo cuando los consumimos, antibioticándonos todos sin necesidad, desarrollando enfermedades hasta en el carnet de identidad. Las frutas, las verduras, legumbres y cereales tampoco se libran de los antibióticos, pesticidas y abonos químicos, todos ellos dañinos para el organismo, que al ser consumidos por el animal asciende en lo que llaman los académicos, la cadena trófica, hasta llegar a los humanos varias veces incrementando el volumen de su toxicidad. ¿Cuál es la razón originaria de todo este desatino? La tos de la vecina volvió a interrumpir sus reflexiones. La económica, la rentabilidad económica, esa es la única real y verdadera razón. ¿Cómo va a ser natural una fruta que ni los gusanos quieren y los insectos rechazan, y el hombre la come porque su apariencia en brillantez y colorido tienen mayor parecido con las frutas reproducidas en las pinturas de los cuadros?

El apartamento vecino se encontraba en silencio, debía haberse quedado dormida, no obstante, el leve rumor de una respiración profunda se escuchaba a través del aparato espía. «Es un buen aparato éste, su grado de escucha es asombroso», se dijo mientras conectó el ordenador con la intención de trabajar adelantando tareas futuras.

El silencio perduró hasta pasada la media tarde, interrumpido cada cierto tiempo por una persistente tos, que según pudo escuchar, no correspondía a unos bronquios maltratados por la nicotina y el alquitrán del tabaco; la gente que fuma tiene una tos peculiar, al igual que tiene una peculiar manera de toser. Definitivamente ella no es fumadora, no estoy ducho en las toses, pero la de un fumador sé distinguirla de la quien no lo es, si la mujer es una fumadora empedernida, su voz se torna grave y cascada, adquiriendo un tono cavernoso desagradable, su aliento se me figura pestilente.

En el hombre empedernido fumador, como de por sí tienen la voz grave, esta variación es más atenuada pero su tos es igualmente peculiar y su aliento es pestilente y desagradablemente revenido, mezcla de tabaco, humo y ceniza atrasada de cigarrillos; confiere esta mezcla un aliento de olor indefiniblemente químico. Estos olores los he podido constatar varias veces.

Al no ser fumadora, la vecina se recuperará rápidamente, sus bronquios se encontrarán abiertos, aunque ahora no lo estén por la mucosidad, sus pulmones se encontrarán limpios, aunque ahora tengan alguna infección, su garganta puede estar muy irritada e inflamada pero no con la mucosa castigada por el humo del tabaco. La cosa no reviste gravedad, pero sí incomodidad, los síntomas son muy molestos, dolor, irritación y sequedad de garganta, cierta dificultad respiratoria, molestias en el pecho al toser, toses reiterativas, incomodidad por la fiebre y dolores musculares, probablemente. Estos son los principales síntomas descritos. Indudablemente la juventud es de gran ayuda, un cuerpo joven se recupera con mayor rapidez que un cuerpo gastado por los años. Una idea se le pasó por la cabeza. «Me hubiese gustado cuidarla, velar su sueño, estar pendiente de la menor de sus quejas, hacerle compañía durante la convalecencia, traerle comida que pudiese apetecerle estimulando su apetito. Durante la enfermedad, si no quisiese comer no importaría, líquidos abundantes, algún caldo o leche con algo de miel para controlar que el azúcar no bajase demasiado, aunque esto último con unos buenos caramelos de menta o eucalipto podría paliarse».

De pronto se dijo: «Soy un tontorrón de tomo y lomo, estoy haciendo como los adolescentes, ensoñar y vivir las ensoñaciones. Si quiero cuidarla en su enfermedad solo con llamar a su puerta y presentarme como el enfermero solícito caído del cielo. Bueno, venido del apartamento de al lado, si me caigo del cielo me haría paparrucha a no ser que tuviese alas mi cuerpo, lo que me convertiría en ángel y si me caigo sería un ángel caído y consecuentemente un ángel malo que no es otra cosa que un demonio. Dejemos la cosa tal como está, si notase que su situación se agrava, me armaría de valor e intervendría. De momento lo que ella necesita es descanso, dormir y no salir al exterior, las temperaturas han descendido y una pequeña casi

imperceptible lluvia ha dado al ambiente niveles de humedad altísimos. ¿Echará en falta a alguien que se preocupe de ella y que la cuide en la enfermedad? Creo que sí, todo el mundo echa eso en falta, a no ser que nunca hubiese padecido enfermedad alguna, que, padeciendo enfermedad, su familia no le haya prestado atenciones ni consuelos, que también podría haberse dado esta situación o que después de haber vivido en internados pasase al poco tiempo a vivir sola, el estar acostumbrado a vivir en solitario genera un carácter especial. Lo sé por mí mismo, me gusta la soledad, me gusta estar solo porque la compañía de otras personas me contraría, me aburre y cansa. Por esa razón he decidido hace años vivir solo y huir de la compañía de mis semejantes, con ellos tengo el trato cortés y el necesario. Sin embargo, debo reconocer que a veces deseo la compañía femenina, pasear por las calles, asistir a espectáculos, en fin, cosas que hacen la generalidad de las personas. No es eso lo que deseo, de todo eso es de lo que pretendo huir, mi deseo a veces es de la compañía femenina entre cuatro paredes unidos por una inteligente conversación ambientada con buena música, como mucho algo ligero de comer y cada uno a su casa. Esto puede ser lo que pueda echar en falta en algunos momentos, reconozco que mi grado de soledad lo he llevado al extremo, reconozco también que ha adquirido tintes enfermizos y reconozco también que este comportamiento mío debe variarse o al menos suavizarse en su drástica postura. Esta necesidad de cambio se está produciendo, no tendría sentido todo lo que estoy haciendo últimamente, vigilar hasta meterme en la vida privadísima e íntima de una persona que no conozco, corrijo, que no tengo trato con ella porque conocerla la conozco más y se muchas más cosas de ella que las personas con quienes se relaciona. Vivir con otra persona en un espacio tan reducido como puede ser un piso es algo implantable, si fuese un palacio, pensándolo bien, sería implantable igualmente, porque la cuestión no reside en el espacio, la cuestión reside en la relación y la actitud ante la relación, es el punto crucial, la actitud ante una relación personal en pareja ¿de quererla cual es mi actitud?, respuesta, no tengo ni la menor idea, no me conozco en ese aspecto o nadie me lo ha mostrado. De no tener una respuesta diferente lo mejor es quedarse como se está. ¿Estoy bien? No. ¿Estoy cómodo? Sí, de ello empiezo a darme cuenta ahora, pero sea como sea esta manera de vivir comienza a pesarme, para variarla es necesario que haga cambios estructurales en mí y en mi forma de concebir el comportamiento social. Soy un ser antisocial. Dios Santo en qué tipo de monstruo me he convertido, aún no he cumplido treinta y cinco años y soy un ser antisocial con un carácter de viejo maniático».

Un intenso ataque de tos de la vecina interrumpió su soliloquio. Escuchó atentamente el sonido de la tos: «Todavía está muy dura, mañana o pasado reblandecerá, supongo, ocurrirá cuando dé comienzo la expectoración y la expulsión del moco y tenga una buena sudoración que le haga cambiarse la ropa. Ahí comenzará la mejoría sustancial y visible. Tengo la cabeza llena de experiencias ajenas, todo esto lo conozco porque lo he leído, no tengo experiencias de primera mano, quiero decir en mí mismo, por mí vividas, quien no tiene experiencias no tiene vida, yo no tengo vida».

«Debo aprender a vivir. ¿Qué es vivir? La vida biológica la entiendo, la vida social la conozco y no me ha interesado lo más mínimo, las ambiciones que dominan a los demás y que para ellos son la razón de su existencia, para mí no tienen estímulo alguno. Debo encontrar la razón del vivir en la respuesta más pura posible, acabo de darme cuenta que con la manera que he escogido de vivir, separado y aislado del mundo, en un mundo por mí creado, ni he vivido, ni vivo, ni viviré. Bendita vecina que has hecho una revolución conmigo, pacífica, sin intervención presencial, pero revolución, al fin y al cabo. Saldré sea o no de mi gusto al mundo exterior, a la vida, pues en esta cueva no la hay, me sumergiré en todo lo que me rodea porque de todo eso me mantengo, la comida viene del exterior, al igual que la ropa que me protege de las inclemencias del tiempo, igualmente sucede con el calzado y todo lo que utilizo que no sea por mí fabricado. ¿Qué es lo que yo fabrico? Nada, absolutamente nada. Agradezco acaso a los miles de hombres anónimos que fabrican y producen todo lo existente en el mercado, seres

humanos con sus alegrías y tristezas, decoro o penuria económica, sentimentalmente satisfechos o no, con vidas muy a menudo llenas de infelicidad todo el bien que me hacen o que, sin conocerse, anónimamente se hacen entre ellos mismos ¿Quién soy yo para cuestionarlos? La respuesta es pronta y sencilla, un amedrentado idiota, incapaz de cuestionarse a sí mismo».

«Cierto es que sus vidas se hayan embrutecidas por su única actividad material o únicamente orientada hacia lo material, considerada esta materialidad a su vez como su única fuente de felicidad. ¿No buscaba yo esa misma abotargadora felicidad por medios muy parecidos, aunque no fuesen tangibles?».

«La armonía se encuentra en un término medio equidistante de dos puntos situados en los extremos, el camino del medio, dicen algunas de las filosofías orientales, lo dicen también los políticos en tiempos electorales, tildándose ellos mismos de liberales. Más que el camino del medio, para conseguir esa armonía, debo tomar el camino de la moderación, la moderación en todos los órdenes de la vida, moderación en todos los aspectos de la mía. Ésta pienso, aunque debo meditarlo con mayor detenimiento, es la norma por la que debo regirme circunscribiendo a ella mis pensamientos y mis actos. Tengo la norma, tengo la intención. ¿Cómo empezar, como hacerlo? ¿Por dónde? Cualquier situación es válida, están todas por resolver, principiaré por imitar el comportamiento de quienes me rodean, participaré de lo que ellos hacen, en parte, no en todo, perderé paulatinamente ese miedo, esa infundada aversión a mis semejantes, habré de impregnarme de humanidad ajena para recuperar la propia».

Durante la noche escuchó toser repetidas veces, el escuchador espía que en ningún momento lo había desconectado le transmitía también alguna que otra frase de desahogo: «¡Joder, esto es morirse! ¡La tos de la puñeta!». Cuando la escuchaba se reía para sus adentros. «No está tan mal, tiene fuerzas para insultar al enemigo».

Decía en voz alta, contento de que así fuese: «Cabe la posibilidad que hubiese pillado el tan manipulado COVID, manipulado por ser un virus de creación en laboratorio con intenciones de aplicación militar dirigida a la población civil, manipulado posteriormente por los gobiernos como experimentación de un comportamiento social, manipulado por las empresas farmacéuticas, comercializando en un tiempo récord histórico vacunas para ese mutante y artificialmente creado virus. Las multinacionales farmacéuticas comercializaron poniendo a disposición de los gobiernos sus diferentes vacunas para el mismo virus, algo incomprensible, diferentes vacunas para el mismo bichejo, a precios abusivos y en cantidades ingentes. Los gobernantes y sus asesores, bien untados por las empresas farmacéuticas compraron las vacunas por millones para la población, ellos con la pasta gansa mutada se comprarían otras cosas».

Él sabía que el COVID, a pesar de la teledirigida dramática publicidad, no alcanzaba más molestias que una gripe, en la mayoría de los casos molestias leves, y en una minoría de casos adquiría complicaciones como las hubiesen adquirido con el virus de la gripe en personas con dolencias previas. La locura televisivamente inducida que invadió a la población, la desquiciaría definitivamente derivando en enfermedades mentales por un lado y por las consecuencias de las vacunas en infartos, trombosis cerebrales, pulmonares, oculares y por todo el cuerpo allí donde hubiese arterias y venas. Los cánceres de páncreas, estómago, próstata y genitales femeninos se multiplicarán de forma exponencial. Pero de ello nada se habla ni nadie quiere hablar. Será el hombre, hombre realmente o es un avestruz.

Al día siguiente la vecina recibió una visita, compañera de trabajo, como pudo saber por la conversación que mantuvieron, por la conversación confirmó la sospecha de que su trabajo lo realizaba en un centro de enseñanza, supo también que impartía la disciplina de ciencias a sus alumnos, tras algunos comentarios sobre cosas profesionales y baja laboral médica, le dijo que tenía necesidad de dormir y descansar, rogándole que por la tarde le llamase por teléfono y que al día siguiente viniese de nuevo a visitarla.

«No te encuentras tan bien como creía», se dijo él, exteriorizando su pensamiento.

Exceptuando los ataques de tos intensos, pero cada vez más espaciados la tarde transcurrió sin novedades. Al mediodía del día siguiente la oyó levantarse, dirigirse a la ducha, abrir y cerrar cajones para volver a acostarse otra vez. A partir de ahora comienza la curación real, comienza la convalecencia, seguramente que habrá tenido una profusa sudoración eliminando toxinas y quien sabe que cantidad de cosas más nocivas que albergamos en el organismo. Se alegró por ella y también por él mismo, por ella tiene razón de ser, alegrarse por él no tiene razón de ser. Extrañado intentó analizarlo, su mente matemática unida a la de programación informática, buscaba respuestas concisas y certeras, en ese asunto no quería divagaciones. «¿Por qué me alegraba?» Barajando varias respuestas optó por la que más lógica le parecía. Alejado como se encontraba del mundo, la vecina significaba una ilusión con el exterior sin abandonar el mundo propio, la situación se le presentaba cómoda, realmente cómoda, una extensión de su virtualidad al mundo real desde el sofá de su casa. Si ella no hubiese aparecido, ninguna de estas vivencias hubiera surgido, su presencia como vecina, aunque no hayan tenido trato, ha sido el desencadenante de toda una cascada de acontecimientos mentales, que poderosamente incitan al derribo de invisibles barreras.

El descubrir que ahí afuera hay un mundo que también es mío y al que pertenezco y al que no debo ni puedo sustraerme, se lo debo indirectamente, corrijo, se lo debo directamente a ella. Me alegro por la recuperación de su salud y me alegro por todos los beneficios que su presencia mental me ha producido. ¿Si desapareciese qué ocurriría? Probablemente nada, una vez que las murallas que contienen el agua de un embalse son derribadas, el agua seguirá inexorablemente su curso arrastrando o superando los obstáculos que puedan presentársele, también podría volver a mi existencia anterior, o utilizar el confortable, cómodo y nada conflictivo, camino del medio, que consiste en comportarme como comúnmente lo hace la respetuosa ciudadanía, la mitad del tiempo reprime sus inclinaciones y la otra mitad la emplea en las múltiples ofertas instauradas como evasión. Sin la influencia de la vecina nada había surgido, de acuerdo, si ella se volatilizase, si se cambiase mañana mismo de ciudad, que para el caso vendría a ser lo mismo, volatilizarse es desaparecer, seguiría sin más mi propio decurso, esto es lo que mi lógica indica. Pero sé que no es del todo cierto, lo sé sin lógica y sin razonamiento, no hay que buscarle cinco patas al gato, a no ser que se tome el rabo por una de ellas. No quiero engañarme, si se fuese del edificio y se instalase en otra ciudad, probablemente la buscaría. ¿Para qué? La respuesta no tiene en mí certeza absoluta, su cercanía me ha proporcionado compañía, su seguimiento eufemísticamente denominándolo, no era otra cosa que espionaje entrometido vulnerando toda moral y decoro, la escucho cocinar y limpiar, si pudiese también la vería ducharse. Autocotilleo y curiosidad malsana, eso es lo que ha sido al principio que poco a poco ha desembocado, sin darme cuenta, en interés por su persona, y ahora estoy en un punto en el que si no estoy dispuesto a retroceder tampoco estoy dispuesto a avanzar. Tal vez dispuesto podría estarlo, pero no en disposición. ¿Qué podría ofrecerle? Una aburrida compañía, una insulsa perspectiva futura, no tengo ironía al hablar, soy tedioso como una carretera castellana, predecible en mis actos, mantener un aliciente con algo de misteriosa aventura me dejaría agotado. Una mujer necesita que la hagan reír varias veces al día, por mucha cara de pavo andrógino que muestran actores de anuncios y films yanquis. Del mundo poco o nada conozco, tendría que trasladar mi bien programado mundo virtual al real y a eso me niego, me niego a incorporarla al programa y vivir una realidad a la carta, una realidad que pueda desconectar, conectar y adaptar a mis deseos. He decidido cambiar porque reconozco que ella ha sido el motor de esa decisión, merece el tratamiento respetuoso de su misma dimensión. ¿Qué puedo ofrecerle? Nada, absolutamente nada que pueda llamarle la atención sobre mí, o despertar interés sobre mí. Una mujer necesita admirar al hombre que tiene a su lado, o temerle, hay quien opina que la mujer debe temer al hombre, y opta por esta decisión. Es posible que el temor vaya unido a la admiración por el poder, es posible que sea cierto, la realidad lo confirma, infinidad de mujeres viven en esa

condición. ¿Felices? Parece que sí. A mi forma de ver es una relación enfermiza como enfermiza es la psique de ella, la de él no, porque él es así, nada hace para ser o parecer distinto. Reconozco que existen los casos contrarios, el hombre que teme a la mujer, siendo este temor lo que lo mantiene a ella unido. Él tiene una psique enfermiza, ella por el contrario no la tiene, al menos en ese aspecto. Será neurótica como el hombre en el caso anterior, pero no busca el reconocimiento o el afecto de quien tiene a su lado por medio de sentir temor, tampoco lo dicho es del todo cierto, este pensamiento tiene fisuras, grandes fisuras.

Si bien es cierto que quien vive con cierto regusto en el temor, su mente se encuentra anclada en situaciones infantiles familiares vividas, encontrando semejanza inconsciente en la persona que tiene al lado y que inconscientemente ha buscado y que una vez encontrado llama amor a esa dependencia psíquica. Unas veces la mujer desea y busca al hombre autoritario porque su padre lo era, queriendo parecerse a la sumisa mujer que consideraba a su madre, otras veces el fenómeno se invierte, es su madre la autoritaria y su padre el que adopta la actitud sumisa, eligiendo ella inconscientemente a un hombre no autoritario a quien someter o escogiéndolo inconscientemente a un hombre con las características de su padre.

El mundo mental es complejo, bastante más complejo que la inteligencia artificial de la que tan orgullosamente presumimos.

Estoy convencido que la mujer para querer al hombre que tenga a su lado, sea de la forma que sea su cariño, necesita admirarlo, esta admiración es sobre todo física, social, material. Es la admiración por el prehistórico cazador que aportaba el alimento a ella y su prole. En la actualidad, la admiración por el físico no reside en la anatomía sino en la vestimenta de marcas caras que muestran la posición económica del antiguo cazador, su profesión le proporciona suficientes dividendos para mostrarse con un destacado automóvil y mostrarse en locales de moda accesibles a economías solventes. La admiración de la mujer moderna, es sin más calificativos, material. Pocas son aquellas que admiran los aspectos culturales, los aspectos éticos, la bondad o la entrega, y de estas pocas que dicen esto admirar, la mitad mienten, con todo descaro. ¿Cómo puede admirar la cultura quien no la conoce? ¿Cómo pueden sentir admiración por la bondad y la entrega quien desconoce la bondad con altruismo y la entrega sin interés? Otro tanto puede aplicarse al hombre, pero reflexiono sobre la mujer.

¿Qué puedo ofrecerle a una mujer para que sienta interés o cierta admiración? La respuesta es nada. No quiero caer en la subestima, la realidad es incuestionable. Puedo ofrecer más que holgada situación económica, pero eso no despertaría admiración por mí, despertaría a lo sumo interés, que en un principio se identificaría con la admiración, al sentirse de alguna manera vista o envidiada por otras mujeres. Eso pasaría pronto y aunque durase algún tiempo, por mí no tendría admiración, ni amor, que es como suelen identificarlo. Hacia el exterior todo sería perfecto, hacia el interior, sino el infierno sería el purgatorio para uno de los dos o para ambos.

¡Es desesperante! ¡La vecina me atrae! ¡Me gusta! Atracción y gusto generado por mi aislamiento, agarrándome a su imagen como un náufrago a un objeto flotante. ¿O es realmente un sentimiento interno sin condicionamientos sociales como el mencionado y sin condicionamientos psíquicos infantiles familiares? Es difícil saberlo, con años de psicoanálisis y un buen profesional tal vez pudiese con su ayuda llegar a descubrirlo. Las dificultades para este caso son notorias, primero donde encontrar ese profesional con cultura suficiente para entender el alma humana, segundo requisito, que este profesional estuviese mentalmente sano.

Los estudiantes de psicología eligen estos estudios como salida económica, sin valorar sus actitudes y capacidad, no buscan profesores maestros de quien recibir la síntesis de sus conocimientos, buscan una universidad poco exigente o a lo sumo una bien considerada en el engañoso ranking académico. El resto entran en los estudios de psicología con la creencia de que podrán resolver sus internos conflictos. Resumiendo, la mitad incapaces e ignorantes para

desempeñar la profesión debidamente, la otra mitad además de ignorantes están como cabras, aunque no tengan cuernos, al menos de los visibles. Visto lo visto, psicólogos si los hubo en otro tiempo ahora no los hay, y de haberlos no dispongo de años para descubrir tales cosas, así que tendré que hacérmelo yo solito y en tiempo récord. Soy de los que piensan que el psicoanálisis es para gente inteligente, para gente sana y para gente que para conocerse a sí misma necesita ayuda.

Como contrapartida también pienso que mi inteligencia es de una medianía común, no soy Einstein, como si Einstein tuviera por otra parte una inteligencia superior. Físico e investigador notabilísimo, ahí finaliza su inteligencia. Sano, lo estoy físicamente, mentalmente mis psicosis no destacan, mis neurosis tampoco, mis manías sí, pero son voluntarias, razonadas y por mi controlables, de hecho, es que tengo el propósito de cambiar de conducta, estoy convencido de que no me supondrá únicamente esfuerzo. ¿Quiero conocerme a mí mismo? Por supuesto, ahondaré en mis recuerdos más destacables y sobre todo en aquellos que por asociación no deseo recordar, los analizaré desapasionadamente como si fuesen a mí ajenos. Lo mismo haré con mis actos y pensamientos actuales desde los cotidianos hasta los extraordinarios, si los hubiese. ¿Qué puede haber de extraordinario en la vida común?

Hecho así es filosofía, psicoanálisis al más puro estilo, auto-psicoanálisis que toda persona puede realizar. ¡Dicho así suena bien!

La visita del día anterior volvió a venir a última hora de la tarde, por el tono de voz de mi vecina entendí que la mejoría de su enfermedad era sustancial, hablaron más distendidamente y con mayor disposición de ánimo, se rieron con los comentarios sobre algunos compañeros, después pasaron a temas femeninos rematando femininamente sobre el hombre.

Durante la conversación silbó varias veces sin temor a ser escuchado, porque su aparato escucha espía no tenía reciprocidad.

Lo que hablaban y la manera de decirlo superaba con mucho a las conversaciones masculinas sobre la mujer. No es que él hubiese mantenido conversaciones similares, pero en algunas participó de oyente, lo que salía de esas dos cabecitas seguramente de lindas boquitas, no eran precisamente cosas lindas mezcladas además con risas de pasarlo en grande. No se esperaba que ellas pudiesen hablar de ese modo, desconocía que varias mujeres reunidas pudiesen perforar rocas con sus lenguas afiladas, serrar árboles y las más comedidas cortar setos.

Escuchaba sorprendido y con atención sin perderse ninguna palabra, aquello sí que le parecía interesante, se rio él también repetidas veces, sobre todo cuando empezaron a clasificar cómo serían los espermatozoides de compañeros de trabajo y de otros conocidos en común, los de unos irían de chuletas y no se jalarían un óvulo, los de otro, que no se moverían porque le pesaba la cola demasiado, los de otro que por querer estar en todas partes nunca estaban donde debían, los de otro, iban con libros bajo el brazo haciéndose despistados, creaban la oportunidad donde no la había y ¡zasca!, se jalaban el óvulo. Así fueron espermatoclasificando científicamente a sus conocidos.

La enferma audiblemente recuperada se reía con las ingeniosas ocurrencias de su amiga. Después pasaron al femenino apartado de las confidencias, la amiga con todo lujo de detalles describió simpática, pero con descaro las externas virtudes adivinatorias a través de la ropa de uno de sus vecinos. «Eres una divertida exagerada», le decía la enferma. La amiga aumentó sus bríos subiendo hasta las más altas alturas continuó: «Los ojos, madre mía que ojazos, son de esos ojos acariciadores que te están diciendo. ¡Nena aquí te pillo y aquí te mato! Sus labios, carnosos y sensuales como si toda su boca estuviese hecha para devorarme».

—¡Como el lobo a la abuelita! —le dijo la vecina.

—Sí, pero a mí sin ropa —le respondió riéndose.

—Qué fuertes los brazos para sujetarme mejor, los músculos de su torso fuertes como los de un mandingo, sus piernas robustas como columnas de catedral románica, el culazo, ese culazo es para perderse en él una noche y un día enteros y la entrepierna no te lo quiero decir, pero seguramente será como dicen los argentinos, enoorme, o como diría un alemán bávaro, *kolosal*.

—¿Por qué un alemán bávaro y no del Rin? —preguntó la enferma riendo.

—Porque bávaro suena a bárbaro, ¿lo pillas? —le respondió la amiga.

—Pues sí que parece un buen semental el garañón de tu vecino —le dijo la enferma.

—Un día de estos que coincidamos en el ascensor, le doy al botón de parada y lo plancho allí mismo, bien planchadito.

—El ascensor no tiene las dimensiones como para poder tumbaros y plancharlo —le matizó la enferma.

—Pues lo plancho de pie, sentado o como sea, pero lo plancho —aseveró.

—¿No sería más cómodo llevarlo a una tintorería o algo así?

—No —respondió cortante—. Nada de ayudas externas.

—Si llaman al ascensor y este se pone en marcha, te cortaría el planchado que a todas luces tiene que ser un planchado rápido —inquirió la enferma con muy buen humor.

—No hay problema en eso, al pulsar el botón de parada del habitáculo, lo programo para que únicamente comience a descender cuando el instrumento del semental descienda después del planchado —fue su respuesta lacónica.

—Está bien, ya que gustas del planchado, a por él y no le dejes ninguna arruga —dijo la enferma.

—Hay un impedimento, en todo buen deseo siempre hay un impedimento —aseveró compungida la amiga—. ¡El muy capullo es marica!

Al irse la amiga la vecina cerró la puerta con doble vuelta de llave como era su costumbre y le oyó decir, hablando sola: «Eres tan bruta como divertida».

Esa noche tosió varias veces con intensidad, de madrugada la tos dura había cambiado a una tos blanda y expectorante, la infección pulmonar remitía con rapidez. Atendió llamadas telefónicas, algunas de familiares, respondió con inteligencia ocultando la enfermedad. «De qué sirve preocupar a un familiar distante si nada puede hacer para ayudarnos», pensaba después de oírla.

La mañana la pasó durmiendo porque salvo toser y algún pequeño ronquido, la casa permaneció en silencio hasta pasado el mediodía que escuchó ruido en la cocina. «Calienta leche, estoy seguro, si le agrega miel obtendrá un alimento completo y reconfortante». Esto no podía saberlo, pero su deseo le decía que sí.

A media tarde recibió la visita de la amiga, entró como un torbellino, abrazándola y alegrándose de que su aspecto había mejorado, encontrándola guapísima, así le dijo varias cosas más por el estilo. La convaleciente riéndose le preguntó si se encontraba turbada del vino, a lo que su amiga respondió:

—Un poco reconozco que sí, he bebido dos vinillos con unas patatillas como tapa cutre y me encuentro un poco piripi, quiero decir, de puta madre.

—¿No habrá sido con el vecino que no se deja planchar? —le preguntó.

—Con los dos vecinos y te aseguro que no sabría decirte cuál de los dos gais está mejor, si uno es un helado servido en cucurucho, el otro es un helado servido en copa —le dijo la amiga.

—Ahora les llama gais —le inquirió.

—Por supuesto, un gay tiene estudios y ellos los tienen. ¡Ay, penita de hombres guapos perdidos! ¿Por qué será que los hombres guapos son maricas? —acabó diciendo.

—Algunos son guapos, no todos, hay mujeres a quien le gustan ese tipo de hombres, yo los considero pirulís de la Habana —le respondió la convaleciente; por el ruido escuchado se había acostado en la cama.

—A mí me gustan, tiene morbo —le dijo la amiga.

—Me alegra que te gusten los pirulís de la Habana —le dijo ella riéndose.

—Hay una novedad digna de salir en la tele. El tontaina de matemáticas, el que al sonarse hace más ruido que una trompeta y que anda metiéndose en todo donde no lo llaman, vio a un grupo de cuatro o cinco muchachos a las puertas del instituto fumando, se les acercó, les echó una bronca y pidió sus nombres para imponerles faltas de orden, lo rodearon, no lo dejaban salir del círculo insultándolo como los adolescentes saben hacer, además el tontaina no tiene media bofetada y lo que es peor, ni presencia moral para aguantarla. Lo mejor de todo es que los chavales no pertenecían al centro. Con lo de hoy creo que va a coger una baja diagnosticada como depresión, y cuya causa es, ser un imbécil.

—Es una lástima que no le hubiesen dado unas collejas, a lo mejor aprendía a no ser tan cabronazo, le llamo así para ser fina y no llamarle por su nombre —dijo la enferma con un tono en su voz que mostraba desenfado.

—Ha sido la comidilla de todo el centro, internamente nos alegramos todos, externamente todos hacemos el paripé de que eso es inadmisibile. El director, el jefe de estudios y algunos más dijeron que eso mismo podría ocurrirnos a cualquiera de nosotros, le respondí que a mí nunca me ocurriría. Al preguntarme por qué, le conteste ¡porque no soy como él ni soy profesora de matemáticas! Lancé con la respuesta una perdigonada con amplio espectro para que tocara además de a él a sus colegas.

—Bien dicho, y bien hecho, magnífico —dijo entusiasmada la convaleciente.

—Privilegios de funcionaria y además respetada por los alumnos. Prepararé algo de cena, lo necesitas, y yo también. ¿Por un casual no tendrás algo alcohólico a mano o pie? Igual me da —preguntó mientras se dirigía a la cocina.

—Cerveza —se escuchó decir a la convaleciente.

—¡Qué sosa, cerveza como la gente ordinaria! — después de escucharse abrir y cerrar puertas de muebles de cocina —¡Ajá! Vino blanco, el que busca encuentra, esto ya es otra bebida cuyas características y efectos de ingesta dan distinción a una casa.

—¡Estás como una chota! —le increpó la convaleciente.

El batir de un cubierto sobre un plato, supuso que elaboraría un revuelto o tortilla francesa, porque minutos más tarde con eficacia le presentaba el plato en la cama.

—Está realmente buena esta francesa con el queso que has puesto. Desconocía que cocinases, te imaginaba de comida preparada.

—La próxima vez compra un vino de mejor calidad, este vino más que peleón es un macarra barriobajero.

—Lo tendría para cocinar, por esa razón no lo ofrecía —le respondió a modo de disculpa.

—Al igual que buena carne y buen pescado, buen vino para cocinar, a mayor calidad mayor sabrosidad, y mientras se echa el vino en la comida, una se echa una copita al coleteo como los curas hacen en el altar. Dios permite y recomienda un poco de vino cada día. Jesús de Nazaret, en su última cena de despedida bebió abundante vino, los destilados no le agradaban, habló más de la cuenta, dijo cosas que no comprendieron sus colegas, reveló cosas que a su vez entendieron como Dios les dio a entender. Pedro fue el que le dijo, turbado por el vino también, aunque como buen pescador con aguante muy superior al de Jesús: «Dar al César lo que es del César, dar a Dios lo que es de Dios». «Yo soy el que soy». «Yo soy el hijo, vivo en mi padre y mi padre vive en mí». «Ahora me veis, pero luego no me veréis». Maestro, hablar hablas muy bien, pero no hay quien te entienda.

Se escuchó de la convaleciente una sonora carcajada, seguida de un ataque furibundo de tos que de haber terminado de comerse el contenido lo habría depositado semidigerido nuevamente en el plato.

La amiga continuó.

—Lo tienen oculto y muy calladito, pero el maestro y los colegas cogieron una curda de tal magnitud que fueron a dormirla al olivar Getsemaní, se tergiversó todo diciendo que fueron a orar. Después de celebrar una cena entre amigos, el maestro sabiendo que esa sería la última y con capacidad de convertir un vino peleón como éste en un vino como corresponde a su dignidad, van a irse a rezar a un descampado por la noche. Los otros colegas algo menos curdos, pero bien entonados, como entre ellos no estaban ni la madre del maestro ni las Marías, seguramente se fueron de quiquis, gastando el también beodo Judas todo el dinero que encima llevaba, pues era el tesorero.

Volvió a reírse, seguido de un pequeño ataque de tos que reprimió para que no fuese a más.

—¡Quieres parar por favor! —le dijo la encamada.

—Lo haré, pero es cierto lo que digo —afirmó su amiga, quien a buen seguro iba ya por la mitad de la botella.

—Hablas mucho, pero ¿visitas la iglesia con cierta frecuencia? —oyó que le decía la enferma.

—Hablo mucho de lo que sé, no soy como todos esos papanatas que son creyentes desconociendo la biblia, cristianos sin conocer la doctrina y mucho menos con la intención de practicarla. Al igual que esos que se dicen socialistas por votar cada cuatro años al partido, desconociendo lo que es el socialismo y su historia, lo mismo sucede con los que a su vez se dicen comunistas o con los anarquistas que desconocen su filosofía y los escritos de sus mentores, a los que se creen de derechas les ocurre lo mismo, los diferencia de los anteriores que son más ignorantes, más burros.

El hecho de que conozca la historia de la religión cristiana e intencionada malversación ideológica, no quita que no sepa ver lo que en ella hay de verdad, nada tiene que ver el socialismo con el PSOE, Partido Socialista Obrero Español Americano. Ni el comunismo con el PCEA, Partido Comunista Español Americano, la derecha militarista si tiene que ver con el PPA Partido Popular Americano. La idea cristiana nada tiene que ver con el Estado Vaticano, que define su iglesia como cristiana católica apostólica romana. Quieren decir pertenecientes a Roma donde se encuentra el Estado Vaticano, las demás creencias cristianas son rechazadas y perseguidas como herejías.

Desde el otro lado del tabique era escuchada atentamente la lógica y bien razonada contestación, bien documentada de la amiga.

—Dejaré de hablar de esas cosas porque empiezo a cabrearme, y eso me dispara la hipertensión, la bilirrubina, la diabetes y alguna cosa más probablemente. Además, estoy planeando como un aeroplano, me voy a mi casa, mañana finalizo las clases antes del mediodía. Vendré y haré la comida, tú necesitas comer y yo también.

Esa noche la oyó toser varias veces con tos expectorante, definitivamente estaba en la recta final de su curación.

Al día siguiente la despertó de un sueño profundo la llamada al timbre de su amiga que entró como de costumbre, como un torbellino.

Depositó sobre la mesa de la cocina las bolsas, llenas de productos del supermercado.

—Como no estarás en condiciones de salir durante un par de días, he comprado algunas cosas de las que puedes servirte —le dijo mientras se disponía como una chefa a la preparación culinaria.

«Vaya huracán, permanecer mucho tiempo al lado de una mujer como esta, los niveles de stress deben alcanzar límites insospechados, aunque debo reconocer que es la eficiencia personificada», pensó desde el tabique de separación.

Ese día la enferma comió en la mesa y no en la cama, la mejoría ya era notoria, su voz comenzaba a cobrar un tono cerrado y fuerte, señal de salud restablecida.

En ningún momento dejó de espiarla, en todo momento mantuvo el radar conectado. Ningún espía profesional lo habría hecho con tanto celo como él.

Durante la comida permaneció especialmente atento a todo lo que hablasen, normalmente podía trabajar escuchando, si algo le llamaba la atención suspendía la actividad y en el silencio de su cueva escuchaba atentamente.

Comieron y lo remataron con algo de postre dulce prefabricado.

—Dime —le dijo la amiga —, ¿no le echaste el ojo a alguno del edificio?

—No me he fijado en nadie, sabes que hago una vida bastante ermitaña, por ese motivo realizo pocas entradas y salidas, las oportunidades de cruzarme con gente que vive en el edificio disminuyen a casi nulas —le respondió.

—Vaya por Dios, te estas oxidando, estás fuera de onda.

—¿Tu estas en onda? —preguntó la enferma.

—Lo estoy, pero no logro hacer llegar la onda a quien quisiera —respondió la amiga —. ¿Y vecinos? ¿No tienes vecinos que ver y de buen ver? —finalizó preguntando.

—Está el vecino de al lado, lo he visto un par de veces por pura coincidencia al entrar en el portal, hace unos meses, por curiosidad supe que vive en la puerta de al lado —dijo la convaleciente.

—Por curiosidad, ¿cómo es eso? —inquirió la amiga.

—Cuando escuchaba que salía y cerraba la puerta, lo curioseaba por la mirilla de la puerta. Supe quién era.

—Lo curioseabas por la mirilla, lo espiabas. Esa es la palabra exacta.

—Espiar tiene segundas intenciones o intencionalidades aviesas, curiosear es para saber, es como un saber en sí mismo, la curiosidad es el arte de la ciencia o al menos su condición primera —respondió la enferma, que ya casi no lo estaba.

—Yo no te jodo, te godo, que al ser con g no es pecado. Lo vigilaste, lo espiaste alguna vez más hasta satisfacer tu curiosidad que camuflas con el nombre que todo lo camufla, ciencia.

—Vale pues, con curiosidad científicamente comprobada, tengo por vecino a alguien que en principio no tiene pareja —respondió.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está científicamente la curiosidad comprobada.

—¡Hiciste un espionaje mayor, estoy segura! —le afirmó con voz convencida la amiga.

—¡Curiosidad científica, pura curiosidad científica! O si lo prefieres realicé un *espionage* que al ser con g no es pecado.

—¡Cuenta, cuenta!

La conversación era escuchada a través del tabique con tanta atención como asombro. El espía había sido espiado a su vez, por lo que parece lo había sido él antes que ella. ¿Qué tipo de información podía tener ella sobre él? Ahora lo sabría, no creo que ella haya utilizado la tecnología de escucha, y mucho menos la de introducirse en sus ordenadores, los tenía tan protegidos que resultaba su entrada poco menos que imposible, aunque como informático que era sabía que en informática la palabra imposible no existe. Se convenció, donde hay mujeres por medio cuando un hombre va, ellas vienen de vuelta, llevan la delantera tocando a ciertos asuntos, es un hecho constatable.

—Mi curiosidad científica, al principio se limitó a verlo por la mirilla de la puerta, posteriormente cuando me encontraba en la casa, controlaba sus entradas y salidas con el mismo telescópico método. El ruido del ascensor me indicaba cuando llegaba. Nunca recibió visitas ni masculinas ni femeninas, al menos que yo pudiese enterarme, tampoco tuve constancia que saliese por las noches. Debe trabajar desde su casa a no ser que no trabaje en nada, creo que teletrabaja, que más bien habría que decir ordenatrabaja, domiciliatrabaja o algo por el estilo. Las veces que me pareció que mantenía alguna conversación telefónica, intenté escucharla apoyando la oreja en la pared, mejorando el método utilicé primero una taza entre la pared y la oreja para ampliar el sonido que evidentemente mejoró, pero no lo suficiente sustituyendo la taza por el vaso de plástico de un yogurt, mejoró sustancialmente las escuchas que se limitaban a las escasas conversaciones telefónicas.

—Solo te faltaba comprar un aparato de esos de escucha —le dijo la amiga.

—Se me ocurrió, pero me pareció una locura gastar un dinero en un chintófono orejudo para no tener nada que escuchar, por otra parte, me negué porque esta actitud mía degeneraba en la obsesión, comienzos que llevan a perder la cordura. No obstante, lo seguí algunas veces cuando iba a la compra, por los productos que retiraba de los estantes y que abonaba en la caja, pude cerciorarme que no solamente vivía sin compañía, sino que además no recibía visitas, ni una sola vez en mi seguimiento compró alcohol, ni siquiera cerveza.

—Es un vecino siniestro —dijo la amiga.

—Raro, más que siniestro diría yo, no hace mucho coincidí en el autobús y en la parada con él, no me conoce ni sabe que soy su vecina, pude observarlo bien, aunque rápidamente. Es educado, tiene buenas maneras y no tiene aspecto de siniestro, incluso diría que ni de raro, pero sí de peculiar —acabó diciendo la convaleciente.

—Físicamente, ¿cómo es el peculiar vecino? ¿No será mariquita como los míos? Hoy en día son una peste —preguntó y afirmó la amiga.

—Por la forma de caminar, la forma de moverse, las maneras y la vestimenta no delata que lo sea, mi sentido femenino no le aprecia escoramiento hacia esa banda, aunque en los tiempos que vivimos el que no engaña está preparándose para engañar.

La amiga insistió.

—¿Cómo está físicamente el chorbi? Porque empieza a intrigarme científicamente a mí también.

—Su estatura se acerca más a alto que a bajo, los brazos con músculos bien definidos, el torso varonil como el de un atleta de anillas, la cintura estrecha como la de un toro Miura, el culo redondeado y un tanto respingón, las piernas poderosas, de la entrepierna nada puedo decirte, pero quita tú las consecuencias —le comentó la enferma.

—Sino escora a donde escoran últimamente todos los hombres, es un garañón al que debes tener acceso y beneficiártelo, si es peculiar o raro mejor, porque entre los normales no se encuentra nada que valga la pena, la palara lo dice todo, normales, que siguen la moda y la norma de lo establecido. Debes ponerte manos a la obra, si no te has puesto ya —finalizó diciéndole su amiga con entusiasmo.

—Decidí desprenderme de toda esta locura, tanta científica curiosidad me estaba volviendo majara. Cada uno en su casa, Dios en la de todos y el espionaje, científico o no, para la CIA, la KGB, o el Vaticano con sus curas.

—Un encontronazo premeditado como de quién, una preparada coincidencia en el ascensor, en el portal, una necesidad llamando a su puerta, por ejemplo, pedirle un bolígrafo, fuego no puedes pedirle porque no fumas, aunque llegado el caso, podrías acudir a él, planteándole claramente la extrema necesidad que tienes de galoparlo o que te cubra como el buen ejemplar Miura que parece ser, también...

—Hablando así estás mostrando una imagen de extrema necesidad sexual.

—Así es, no voy a negártelo, hace seis meses fue la última vez que caté varón, y vaya por Dios, duró un asalto, no llegó a dos —le contestó la amiga que siguió hablando. Parecía que podía ser una noche larga y agitada, lo de agitada se quedó en tres o cuatro meneos y lo de larga como un maratón se trocó en los cien metros, diez segundos creo que por ahí está el récord.

A través del aparato escuchó sus risas, y el ataque de tos motivado por ella.

—Voy a registrarte, yo también lo haré, en una página de contactos, no para polvorear sino para intentar algo duradero. ¿Qué te parece? —preguntó su amiga —. Además, el rechazar las propuestas, y las ofertas, está en nuestras manos. Una última cosa, ¿cómo crees que son los espermatozoides del chorbi vecino? —le preguntó la amiga.

—Camuflados con gafas de sol y a lo suyo —dijo la vecina.

—Yo le añadiría una moto.

El espía ha sido espiado, vigilado y estudiado mucho antes de que tuviese la idea de hacerlo. «Se me ocurre una idea que califico como extraordinaria y resulta que la están poniendo en práctica conmigo», se decía el informático, no sin pequeño asombro.

Y siguió diciéndose cosas similares pues aún no se había recuperado de la sorpresa, sorpresa que se extendía a otros aspectos, como el que se había fijado en él y que al parecer había tenido o tenía todavía en él interés. Esto me halaga sobremanera, nunca creí que pudiese despertar atractivo alguno en una mujer, tal vez esa fuese una de las causas de mi timidez, quizá me subestime en exceso, claro que también la vecina era una mujer, utilizando el calificativo que ella utilizó conmigo, una mujer peculiar. Sus hábitos no son los comunes, sale muy poco, frecuente la vida nocturna esporádicamente y cuando lo hace se retira de ella relativamente

pronto. Entre sus hábitos se encuentra que suele realizar comidas en algún restaurante, sospecho que más bien sola que en compañía. Es una mujer que no rehúye el ser sociable por lo que conozco de ella, le resulta cargante la compañía hueca demasiado tiempo. El que haya abandonado los foros en los que participaba y la forma tan radical de como lo ha hecho, le proporciona un matiz más a esa peculiaridad, creo que ha vislumbrado en mí a alguien con ciertos hábitos similares a los suyos, o al menos visto ciertas semejanzas con ella. La misma indefinida atracción que ha ejercido ella sobre mí, la he podido ejercer yo sobre ella, son los misterios que se perpetúan desde los más remotos tiempos, acompañando al hombre en su evolución social. La búsqueda de un semejante no es únicamente la búsqueda de un semejante en especie, es la búsqueda de un semejante que comparta las semejanzas sociales, que comparta el sentir interno de esos comportamientos. Eso puede ocurrir por su parte. ¿Por la mía? ¿Acaso soy yo una excepción? Debo reconocer que por mi parte ocurre exactamente lo mismo, hasta ahora lo tenía dormido o me lo había negado a mí mismo encerrándome en una urna de vidrio blindado, desde donde podía presenciar lo que a mi alrededor sucedía sin que lo sucedido incidiese en mí directamente. Dominaba así las situaciones, controlaba de esta manera mi entorno, eso creía, ni dominaba ni controlaba nada, una atracción de feria era en lo que me había convertido, un letrero bien grande debería anunciarme:

VEAN, AQUÍ ESÁ EL HOMBRE QUE SE
ENCIERRA PORQUE LES TIENE MIEDO

O bien anunciándome en la atracción de otro modo:

VEAN AQUÍ ESTÁ, EL HOMBRE QUE SE
ENCIERRA POR TEMOR A SER UN HOMBRE

Eso es en lo que me he convertido, pero he despertado de este estúpido sueño, no me convertiré en un hombre común, pero lo pareceré, me confundiré como uno de ellos. Ahí radica el secreto, parecer sin serlo.

La vecina ha despertado en mí lo que en mí dormido estaba, ahora que múltiples sensaciones me asaltan exigiendo vida, no podré, aunque quisiese, ponerles freno, su ley natural es inexorable, una vez concebida una idea, una vez originada una pasión, una ley obliga a su realización práctica. Si uno tratase de impedirselo a sí mismo reventaría como una castaña en el horno.

Vecina, has sido para mí la revelación, como el mensaje bíblico lo ha sido para judíos y cristianos, me has mostrado las puertas que debo abrir para enfrentarme con el mundo, pero la auténtica revelación, vecina, ha sido que me has mostrado las puertas que debo abrir para enfrentarme a mí mismo.

Como maestra reveladora, como buena orientadora, ninguna huella debes dejar en mí, excepto tu enseñanza, exceptuando la motivación que has producido y el insospechado ímpetu vital que en mí yacía dormido y has despertado, exceptuando esto, nada de tu persona debe perdurar como algo que no sea considerado una ensoñación del pasado. Esa debería ser toda la influencia que tu persona ejercerá sobre mí. Seré un buen discípulo y como buen discípulo me niego a olvidar a mi maestra, las revelaciones religiosas de los libros religiosos, son palabras que llegan al alma perfeccionándola, la persona que ejerce la revelación llega inevitablemente

al espíritu humanizándolo, sembrando en él admiración, imitación emuladora, a menudo radical, que lo aleja del maestro, pero también siembra en el espíritu amor por el maestro, como lo sintieron Juan y Magdalena por Jesús, y el maestro les correspondió. Si por parte de los discípulos hubo transferencia, como a estas cosas le llaman los psicólogos por otra parte hubo contra-transferencia por parte del maestro. Pensado así, la revelación como hecho abstracto es incorporada como gran lección venida del anonimato, pero el revelador no es un libro sagrado confeccionado por manos anónimas ni manipulado posteriormente por interesados exégetas, el revelador es un ser material, humanamente tangible con su grandeza debido a las superadas miserias.

Razono todo lo razonable, por soledad tal vez, por los motivos que sean me siento atraído por la vecina, atracción incrementada por un interés o por una cierta simpatía, al menos por parte de ella hacia mí.

Enamorarme de alguien que conozco muy bien y que al mismo tiempo es una desconocida, de la que ni siquiera he oído su voz natural, sin artilugios y tabiques por medio, de la que no conozco el tacto de su piel, las formas del cuerpo, cuando habla si gesticula o no, no conozco sus preferencias en las comidas, ni los espectáculos por los que tiene preferencia, ni siquiera sé si tiene propensión a la lectura y si la tiene que libros o que autores son de su interés.

Desconozco si su cuerpo se encuentra tatuado como el cuerpo de un presidiario, o como el cuerpo de las muchachas de barrios periféricos de las ciudades. Un cuerpo tatuado me resultaría desagradable, un pequeño tatuaje puedo pasarlo por alto, puede corresponder a una tontería juvenil imitativa y por tanto disculpable, pero tatuajes que cubren grandes extensiones ocultando el cuerpo, me desagradaría sobre manera.

En el hipotético caso que acariciase una espalda y la estuviese viendo, mi deseo sería acariciar y ver la piel y no tener ante mis ojos, plantas, animales, objetos o ridículas frases de cualquier canción de moda.

Si quisiese acariciar alas de un ave, lo haría a una paloma o a una gallina y no a las alas sobre los hombros de una mujer.

He visto alguna de estas aves humanas con alas tatuadas en sus hombros, desconozco si con la intención de parecerse a un ave de rapiña o a un ángel. ¿Tendría su cuerpo la vecina perforado por hierros? No aprecié sus orejas plagadas de hierros, ni sus dedos ensartados en anillos metálicos, todo apunta que las partes ocultas de su cuerpo no se asemejen a un queso gruyere. Por lo que he podido observarla, no parece una mujer con mal gusto y por tanto con inclinaciones a la moda imperante de pelos teñidos de colorines, cortes extravagantes, tatuajes y piercings.

¿Cómo puedo enamorarme de lo tangiblemente desconocido? No puedo y sin embargo lo estoy. Imaginaré que soy correspondido. ¿Qué tipo de relación mantendríamos? Nos veríamos por horas y días, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Nos veríamos de cuando en cuando al anochecer, paseando en pijama de una puerta a otra. Con esta última relación se tendría las ventajas de una pareja sin ninguno de los inconvenientes que la pareja pueda tener. Claro está que una relación así, que bien pudiese llamarse relación de pijama, no consistiría más que en eso, una relación de pijama. Es una posibilidad real e interesante, cuando uno es muy joven o cuando por ambas partes no tienen intención de adquirir compromisos. Verse por horas, por días o por noches, equivaldría a la relación de pijama, pero con cierto compromiso, lo que equivale a decir con una cierta consideración por la otra persona. En este tipo de relaciones la pareja como tal se encuentra diluida, o mejor expresado, se encuentra absorbida por otros compromisos o intereses sociales, cada uno de los componentes dejan de ser el principal interés y pasan a un segundo plano. El amor no tiene en ellos ni entre ellos cabida, una asociación muy

limitada de intereses es la energía motivadora de estas situaciones. Amor, si lo hay, sería algo mortecino, pasión, si la hubiese, adolecería de una anemia crónica.

No es descartable, pero significaría poco menos que lo mismo que otras relaciones, una similar relación, pero sin compromiso con la otra persona sería, lo que ahora se llama, pareja abierta, es cierto que esta definición obedece más a un deseo interno que a una realización práctica. Tiene la gran ventaja que, al no sentirse el deseo coartado, la mente tiene a su vez el sentimiento de libertad, lo que estabiliza emocionalmente el carácter. Más que hacer las cosas, se quiere tener la capacidad de hacerlas o rechazarlas, libre albedrío o libertad, llámese como se quiera.

Guste o no guste, es la relación más natural y de compromiso liberal que en esta asociación parejil pueda darse. Ofrece algún inconveniente, este es de índole higiénica de llevarse a cabo una promiscuidad sexual, las posibilidades de contagio de las enfermedades de transmisión aumentan de manera exponencial. La hepatitis, la tuberculosis, SIDA, además de las específicamente venéreas. Si esta promiscuidad está limitada, la definición sería calificada de amantes, amantes que frecuentemente los matrimonios tienen, pero sin el estigma de pecado religioso, de la condena del adulterio o la consiguiente traumática culpa de la infidelidad.

Si por el contrario, tras un tiempo de acercamiento y conocimiento mutuo se decidiesen a vivir en el mismo espacio, los gastos individuales se reducirían a la mitad, al ser compartidos los gastos comunes de vivienda, gastos que no repercuten en mi economía, por otra parte. Dejando a un lado el planteamiento económico que tendría el compartir vida y viviendo para ambos una implicación amorosa, pasional, al igual que en los demás casos una entrega mayor, y en grado muy diferente a los planteamientos anteriores que comparados con este último ejemplo no serían más que una amistad llevada un poco más lejos con el íntimo trato corporal. Habría pasión física, habría pasión espiritual, habría conexión de almas, habría amor en su más extensa aserción. Donde he dicho habría, corrijo y digo tendría que haber esas cosas en la pareja que decidiesen vivir bajo el mismo techo.

Se dirigió a la cocina y preparó una tisana, mientras la hacía interrumpió la reflexión, cuando volvió a sentarse ante la mesa de trabajo reanudó su soliloquio.

Una pareja que viva bajo el mismo techo, en un espacio limitado, necesariamente el espacio acaba convirtiéndose en una sentina, feraz lugar para todo tipo de comportamientos que en nada han de parecerse a la respetuosidad amorosa. Aún con el conocimiento y la observación previa, cada uno traería en su bagaje interior su biografía compuesta de alegrías y tristezas o acontecimientos traumáticos que aflorarían paulatinamente en un medio tan idóneo como limitado, como es la pareja en el reducido espacio de la vivienda.

Aunque estas situaciones fuesen superadas, quedarían por superar otras, me figuro que las afinidades iniciales evolucionan unas veces en la misma dirección y otras en direcciones opuestas, que estas mismas afinidades aún encaminadas en la misma dirección pueden tener diferente desarrollo con matices diferentes. Una pareja cuando se conoce, muestra, como suele decirse, su mejor cara para agradar y venderse mejor.

Esto no es otra cosa que una semiótica de la relación, una energía extraordinaria sale a la luz cuando comúnmente en la persona no existe, por ese motivo se la califica de extra o de extraordinaria, con ella se pretende seducir y deslumbrar a quien tenemos delante. ¡Eh, estoy aquí, fíjate en mí! Cuando esta energía cesa, que al poco tiempo cesa, porque al ser extra no es la energía natural, la persona sin esa energía que deslumbró y que en principio atrajo, pierde todo interés, pasando de ser considerada excepcional a ser considerada vulgar y sin atractivo magnético alguno.

La lectura amuebla la mente, contribuyendo las artes en gran manera a este mobiliario. La delicadeza, la sutileza, la sensibilidad, el buen gusto y la liberalidad mental tienen su origen, su materia y su desarrollo en las artes y en la lectura. No deben entenderse como pasatiempos, ni como espectáculo de diversión, sino como material con el que podrá ser forjado un espíritu nuevo. En la pareja que esto falte, la monotonía, el tedio se enseñorearán sobre ellos como las banderas sobre edificios institucionales. Qué todo esto a su vez sea superado, queda el aspecto de la relación cotidiana en la vivienda. Cada uno querrá imponer lo aprendido e imponer sus hábitos, viendo en todo comportamiento ajeno al suyo un comportamiento molesto al que muy a propósito calificarán de maniático. Mil oportunidades se les brindarán diariamente de ejercer esta calificación, la confrontación está servida, el enfrentamiento será inminente convirtiéndose en permanencia y en una norma en la relación.

Este último inconveniente es donde confluyen todos los demás inconvenientes o todos los asuntos relativos a la pareja conviviente. La manera de superarlos consiste en analizarse individual o mutuamente hasta desprenderse de esa lacra educativa familiar de que uno siempre debe permanecer encima del otro. Si esto lo hacen los dos, fantástico, pero no nos engañemos, tal cosa no ha sucedido jamás. Si esto lo hace uno de ellos, soportará la situación alegremente riéndose con enfado de la simpleza de la persona que ama.

En este punto de reflexión, recostado en su cómoda silla de ordenador, se quedó profundamente dormido. Despertó al anochecer, más bien fue despertado por intensas toses, toses que interrumpieron sus sueños. Semidormido todavía recordó que soñó abundantemente, vagamente recordó algunos de los sueños sin sentido aparente, pero sabiendo descifrar el simbolismo onírico encontraría un bien razonado sentido a todas esas vivencias. Rememoró vivamente el último, el más cercano en el tiempo del sueño. Se encontraba buscando unas extrañas señales que no alcanzaba a definir, por un camino de tierra que se introducía en un bosque no excesivamente frondoso, a corta distancia del camino a su izquierda había unas piedras hincadas que identificó como monumentos megalíticos, una figura humana se encontraba sentada cerca de ellos en actitud reconcentrada. En el sueño era de mañana, el día hacía muy poco tiempo que había clareado, siguió caminando buscando esas señales y a lo lejos a la izquierda vislumbró unas parpadeantes luces de colores, luces que tomó como las señales indicativas de lo que buscaba y hacia donde debía dirigirse. Tras pasar por un trecho umbrío producido por la sombra de la tupida arboleda, surgió una zona despejada cubierta con dispersos matojos, decidió abandonar el camino y atravesar la zona despejada dirigiéndose directamente hacia el lugar en el que había visto las luces.

Muy cerca del lugar, repentinamente el cielo se mudó, la luz adquirió una luminosidad azul parduzca, el cambio le sobrecogió al principio, pronto se recuperó de esa desagradable sensación, impelido no sabiendo porqué, siguió caminado con paso decidido hasta pararse en un espacio libre de todo tipo de vegetación. «¡Qué extraño lugar!», pensó mientras caminaba por él, entre un silencio absoluto que en lugar de atemorizarle le relajaba, al darse la vuelta se encontró con dos figuras humanas, no experimentó sensación de susto por la imprevista aparición, es como si lo esperasen, le señalaron algo en la tierra a sus pies, las figuras insistieron, con una leve señal de despedida desaparecieron ante su vista con rapidez inusitada, la luz volvió a su normal claridad matutina, al igual que los sutiles y variados sonidos campestres. Se disponía a registrar el área que se encontraba a sus pies cuando fue despertado por el ataque de tos proveniente del apartamento de al lado. Se dejó estar durante varios minutos en la misma posición intentando saber que podría haber bajo sus pies en el sueño, lo que quería que supiera con la indicación que le habían señalado. Trató también de buscar un significado a todo el sueño, consciente de que eran escenas simbólicas de su mente, pero también sin apoyarse en pensamiento mágico alguno, que no siempre obedecían los sueños a lo que la psicología estipulaba. No consiguió explicación alguna sobre el significado del sueño, en su lugar el

hambre se manifestó claramente, se levantó para prepararse algo con qué matarla, que es lo único que debería matarse, sino definitivamente al menos dejarla herida de muerte.

Se enfrentó a su natural deseo de permanecer en el apartamento y salió a la calle dando comienzo a su nueva actitud ante la vida, vivía en un apartamento de un edificio situado en el centro, no tenía necesidad de haber tomado en alquiler un lugar tan bien situado al no hacer vida social urbana.

En la soledad de su vida cualquier barrio le hubiese servido con tal que este barrio no fuese un barrio conflictivo. Ahora, si no todo, algunas cosas habían cambiado en él y en un arranque de voluntad comenzaba a llevar a la práctica esos cambios. Paseaba al amanecer, paseaba al anochecer y estaba dispuesto a hacerlo a diferentes horas del día, como dispuesto estaba a frecuentar locales con gente bebiendo o asistiendo a conferencias y relacionarse con sus semejantes.

Paseó durante más de una hora, impidiéndose el volver antes de ese tiempo, entro en un café que en ese momento se encontraba con abundantes clientes, en el preciso instante que quedaba una mesa libre, se sentó y pidió una consumición. Se dejó integrar en el local, permitiendo que el ambiente lo absorbiese convirtiéndolo, como siempre se dijo, en un parroquiano más. Por su parte observó y también absorbió incorporando el ambiente mundano.

En una de las mesas cercanas a la suya dos jóvenes sentadas le dirigían miradas furtivamente discretas pero sugerentes, de que con cualquier motivo podría comenzarse una conversación.

Captó las miradas, no quiso responder, demasiadas emociones juntas para un solo día. Abandonó el local, caminando tornó a preguntarse sobre el significado de la última parte del sueño. ¿Qué querían decirle o qué quería decirse? Llegó a una conclusión personal sin interpretación onírica, el sueño le indicaba que tuviese los pies bien afirmados en la tierra, que en la tierra bajo sus pies era el lugar donde vivía, que en la tierra bajo sus pies era el lugar donde se movía y donde debía vivir. «Ese y no otro significado es lo que el sueño, con razón, me aconseja», se dijo con convicción.

Con respecto a la vecina, se preguntó qué pensará ella. «Sé lo que ha hablado con su amiga sobre mí, de ahí a que esté dispuesta a llevar a la práctica su juego mental hay una gran diferencia. Por otro lado, yo he hecho mis reflexiones sobre hipotéticas actitudes ante una relación, pero cuáles son sus reflexiones o sus reales deseos los desconozco. ¿Qué forma de relación escogería? ¿Acaso conozco yo la mía? Me gustaría la tradicional. ¿Y a ella le gustaría? Podría ser partidaria de eso mismo al principio y después no, o bien al contrario. La única forma de saberlo es resolviendo la cuestión en la práctica, acercarme a ella de las muchas formas que hay de hacerlo desde la más sofisticadamente pensada, a la casualmente imprevista. Dejaré transcurrir unos días, dejaré pasar un corto periodo de tiempo hasta que se encuentre totalmente restablecida de la enfermedad, la abordaré entonces». Seguía caminando sin pensamientos fijos, su mente divagaba guiada por sus ojos durante el trayecto, atraída por la luminiscencia de los escaparates.

Esa misma noche se registró en la página de contactos que había escuchado mencionar a las dos amigas, hurgó en los mecanismos de búsqueda familiarizándose con él, después se acostó. Dormía pocas horas al día, pero cuando lo hacía dormía profundamente. La enferma se recuperó totalmente en los días sucesivos y fue a los pocos días de su recuperación cuando vio su perfil personal y que por su localidad supo con certeza que se trataba de ella. En esta primera presentación no aportaba fotografías, su amiga que había sido quien la inscribiera, con buen criterio no había insertado ninguna.

Cuando ella estaba utilizando el ordenador, él envió su primer mensaje, quiso utilizar la expresión que estaba de moda en el primer contacto, además de que dejaba tras ese bisílabo, «¡Hola!», un hálito de intrigante misterio.

La señal debió ser recibida como una descarga eléctrica; instantes después la respuesta no se hizo esperar.

—¡Hola! ¿Quién eres? —respondió ella pasado un minuto.

—Soy quien después de tener el corazón roto por amores indebidos lo ha restaurado suficientemente para intentar enamorarse, pero con un miedo atroz al sufrimiento sentimental.

La respuesta le pareció curiosa y sincera, pero no supo ver en ella el sexo de quien la enviaba, así que utilizó una inteligente respuesta afirmativa e interrogante al mismo tiempo.

—Esas palabras las identifico con un corazón femenino herido.

—Un corazón maltrecho por causas amorosas no tiene sexo —fue su respuesta ambigua para seguir manteniéndola expectante.

Por su parte ella comprobó que era una ingeniosa respuesta y que tras esas palabras se encontraba alguien inteligente.

—El corazón del hombre es más duro que el de la mujer, no sufre tan fácilmente —escribió ella con el fin de que definitivamente desvelase su sexo.

—El mío sí —escribió escuetamente.

—¿Está totalmente curado ese corazón maltratado? —preguntó.

—Llevó su tiempo, medicamento que todo lo cura, ahora se encuentra vitalmente activo, pero soy yo quien teme el dolor.

—El corazón recuperado y por otra parte el temor al sufrimiento amoroso. Esa parte no ha sido superada —haciéndose la entendida en amores y desamores, le escribió sentenciosamente.

—Honradamente debo reconocer que me aterra enamorarme. A nada temo, ponme en frente dificultades a las que sean dadas enfrentarse un hombre y no flaquearé, antes lo hará la tierra que piso que mi ánimo.

Lo escrito le pareció poético, filosófico y la vez varonil.

—Mucho debieron hacerte sufrir para llegar a ese extremo.

—¡Mucho! Pero a nadie debo culpar, fui yo quien amé, la persona amada está libre de toda culpabilidad —escribió él.

Ella leyó detenidamente la respuesta, no supo que contestar, durante unos segundos reflexionó sobre lo escrito, durante unos segundos más observó su pasado amoroso preguntándose: ¿Había amado, había sido amada, había sufrido, había hecho sufrir? En la pantalla aparecieron nuevamente frases.

—Tengo una obligación ineludible, me gustaría continuar comunicándome contigo. ¿Me das permiso para hacerlo?

—¡Sí! —añadiendo —¡Por favor! —le escribió.

No le cabía la menor duda, fuese quien fuese, era educado y por el lenguaje que empleaba, la construcción de las frases y sin faltas ortográficas, lo calificó de una persona con formación. Una persona con su manera de escribir y tan respetuoso, denotaba en ella inusual cultura, no debía ser muy joven, los jóvenes ni escriben de ese modo ni son tan considerados y mucho menos poseen cultura alguna. Probablemente tenga edad suficiente para no llamarle joven,

tampoco para llamarle viejo, aludía a un descorazonado desamor, eso no lo dice un viejo. Repasó los diálogos analizando detenidamente cada frase. Definitivamente no es un jovencito, tampoco un carcamal, ni un viejo verde, vaticino que, entre los treinta y los cuarenta años, en esa franja de edad. Sea como sea me agrada su conversación, realmente me agrada. Esto de las redes sociales de contactos puede ser interesante. Finalizó diciendo mientras volvía a releer por tercera vez la conversación mantenida ya no para desentrañar significados ocultos sino por deleite.

Él por su parte había puesto una intencionada disculpa para cortar la conversación en un punto en el que consideró que ella se encontraba involucrada. Tomó la decisión de no espiar su ordenador, igual medida tomó al no querer espiarla con el aparato escucha, que devolvió a su envoltorio y trasladó al trastero. «Igualdad de condiciones, a partir de ahora sea lo que Dios quiera con lo que nosotros pongamos de nuestra parte», pronunció en voz alta.

Al siguiente día volvieron a comunicarse. Ella le escribió preguntándole por su corazón.

—El corazón repuesto y fortalecido, más grande que antes y a pesar de las cicatrices, alegre.

—¿Habrás adquirido una hipertrofia de corazón?

La respuesta lo cogió desprevenido, no esperaba la ironía. Pensó durante unos instantes la respuesta adecuada, podría aprovechar y entrar directamente sobre el tema amoroso, el diálogo se prestaba, sin embargo, lo consideró precipitado, no quería responder al estilo actual imitativo de lo americano, prefirió dilatar la conversación por otros cauces dejando las puertas y las ventanas abiertas a los aires amorosos.

—¡Probablemente! Poco antes de comunicarnos el corazón latía tan cadenciosamente lento que en cierto modo llegué a preocuparme de la serenidad en que me encontraba.

—¿Por qué serenidad?

—Una mujer inteligente me había dado permiso para hablar, corrijo, para comunicarme con ella. Esa seguridad es reconfortante, el corazón adoptó por sí mismo su mejor forma física.

—¿Inteligente? Apenas me conoces.

—Las respuestas son espontáneas, llenas de frescura, teniendo al mismo tiempo una rapidísima reflexión.

—¡Ah! No lo sabía.

—El que hace las cosas, desconoce a menudo no solamente el por qué hace las cosas sino también como las hace. Desde fuera se observa todo mucho mejor, quién más sabe de nosotros es el espejo, él nos mira y observa con imparcial detenimiento.

—Conclusión, eres un espejo.

—No me importaría ser el tuyo.

Hubo unos instantes de silencio, la expresión es tonta e inapropiada, al igual que lo es el decir, no habían articulado palabra, hubo unos instantes de vacío en la pantalla, así la expresión es más correcta. Él aprovechó para escribir de nuevo.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Siento haberte molestado. No pretendía ser grosero.

—Me pareció un bonito halago. Me gustó.

—Por un momento creí que actuarías como la reina que ofendida rompió en mil pedazos el espejo mágico.

—No soy tan mala ni tan neurótica como las reinas.

—¿Sabes por qué hizo trizas el espejo?

—Porque ante la pregunta de quién era la más bella del reino, le respondió que había alguien que lo era más que ella.

—Según el cuento lo cuenta, así es. Si lo interpretas literalmente así lo es.

—¿Hay otra interpretación?

—¡Sí!

—¿A qué estás esperando para escribirla? Realmente estoy interesada en saber qué otra interpretación puede tener.

—Temo que pueda parecerte una tontería.

—Tus temores son tuyos, mis pareceres tontos o no, son míos.

—La reina es una representación simbólica de nosotros mismos, somos nuestros propios reyes, hacemos y deshacemos, o al menos eso creemos. Toda contrariedad nos altera, lo que se interpone en nuestro camino nos produce disgusto, todo aquello que no se ajuste al deseo que en ese momento tengamos es motivo de enfado. Eso somos, eso nos consideramos, ónfalos y reinas.

—¡Interesante! Sigue.

—El espejo representa la conciencia que se encuentra oculta en nosotros, nadie sabe dónde lo representa, si quieres, el inconsciente, si gusta más, que al igual que la conciencia también su paradero es desconocido. Llamémoslo como lo llamemos, cuando nos alerta de algo y esta alerta nos contraría impidiendo la realización de los deseos de esos momentos, la actitud molesta que produce la verdad, nos obliga a librarnos de ella rompiendo en mil añicos el espejo. La consecuencia de este neurótico comportamiento no es otro que la multiplicación por mil de la alerta primera, incrementando la potencia y el bagaje neurótico de acciones posteriores.

—¡Estoy perpleja!

—Por esa misma razón, la conciencia, el subconsciente, espejo mágico, o como tengamos a bien denominarlo, se oculta bien oculto, para que no pueda ser localizado y podamos romperlo definitivamente.

—¡Genial! Pero no querría que fueses mi espejo conciencia.

—No podría, pero ser espejo normal en el que siempre pudieras verte, sé que estaría en mis posibilidades.

—¿Puedes metamorfosearte en espejo?

—Mis ojos serían espejos en los que siempre te reflejarías hermosa y deseada.

El halago directo tiene efecto sobre personas vulgares, el halago indirecto tiene la efectividad de un huracán sobre el alma femenina de una mujer cultivada. Ese efecto fue el producido en ella recreándose en su gusto y regusto durante mucho tiempo después de haber finalizado la conversación.

—¿Eres psicólogo o psicóloga?

—No soy psicólogo.

—Pero sí hombre y masculino también.

—Hombre sí y masculino también.

—Últimamente están los sexos más revueltos que los objetos en una tienda cutre de antigüedades.

—Revueltos, mezclados e indistinguibles, desconozco si para bien, para mal o para normalizar por moda la moda de la normalidad.

—No entiendo muy bien lo que intentas decir, a no ser que seas partidario únicamente de la heterosexualidad.

—Ser partidario es tomar partido de una creencia y por tanto inmediatamente considerar enemigos a los demás que no sean partícipes de esa creencia, está de moda el revoltijo de la identificación sexual, al mismo tiempo está de moda la liberalidad en la legislación de lo absurdo. Este absurdo no está circunscrito únicamente al sexo.

—Hay mucho de cierto en lo que dices. Puede llamarse la democratización de lo absurdo o democratización de lo trivial.

—Perfectamente definido. Me quedo con democratización de lo trivial.

—El espejo de la reina del cuento, tendría alguna relación con el retrato de Dorian Gray... ¿Estás ahí?

—¡Sí! Estaba pensando, es una genial asociación con una sorprendente similitud interpretativa. Explícala, es tu turno —inquirió él.

—Recuerdo que Dorian Gray, cometiese las acciones que cometiese permanecía con un rostro sin una sola arruga y su cuerpo permanecía juvenil a pesar de los años que transcurriesen, sin embargo, en su retrato en un cuadro se reflejaban las arrugas en su rostro y el cuerpo se envejecía, la figura se marchitaba de manera repulsiva con cada acto reprochable, como si la figura del cuadro tuviese vida propia. ¿Recuerdas la novela?

—¡Sí! Sigue por favor.

—El retrato equivaldría al subconsciente o a la conciencia, sedimento de las malas acciones, malas intenciones, malos pensamientos u omisiones intencionadas, sería el espejo del cuento, cuando el retrato es destruido la figura repulsiva retratada se invierte cobrando vida en Dorian Gray, degradándolo al instante en lo que en realidad es.

—Excelente interpretación. Son mágicos tanto el espejo como el cuadro, ambos permanecen ocultos, la diferencia puede establecerse en que el espejo es destruido en un arranque de ira por la reina misma, al responderle el espejo que no es ya la más hermosa.

—A la reina no le agrada lo que ve en el espejo, en él contempla su imagen y no se gusta como es por fuera ni por dentro. Por ese motivo lo rompe en un afán de eliminar lo que ya sabe de sí. La belleza a la que alude el espejo es interna. Roto el espejo mágico rota la conciencia, podrá actuar sin freno moral alguno.

—El cuadro realizaba las funciones de mostrarle su degradante aspecto moral, como toda conciencia, almacenaba en su interior situaciones por ella vivida. Esa es la interpretación que tiene interés sobre el espejo mágico al igual que la interpretación del cuadro mágico de Dorian Gray.

—Me gusta hablar o escribir contigo.

—A mi hablar o escribir con una mujer inteligente además de atractiva.

—¿Cómo puedes saber lo último?

—Consecuencia de lo primero. Una mujer inteligente es necesariamente atractiva. No puede ser de otro modo.

—Tú debes ser un Adonis.

—Se hace lo que se puede.

—¡Te llamarás Modesto!

—No, pero soy una mezcla de argentino y bilbaíno.

—Modestísimo, pues.

—Hablando o escribiendo en serio, no sé nada de ti.

—Hablando o escribiendo en serio, tampoco yo sé nada de ti y me gustaría saberlo todo.

—¿Para qué querrías llenar la cabeza de inutilidades? —escribió ella.

—Para llenarla de inutilidades provechosas y retirar las inutilidades que no tienen provecho alguno. Podría decirte que mi nombre es Nadie, como Ulises ocultó astutamente su nombre al cíclope Polifemo.

Mi nombre es Antonio, me llaman Antón tengo treinta y cinco veranos en mi pecho y otros tantos inviernos en mi espalda, no estoy gordo ni delgado, mi estatura es más bien superior a la media, mi complexión atlética, tengo gustos sencillos, no soy caprichoso, ni tengo cambios de humor sujetos a la variación del viento. Mi economía es holgada para el tipo de vida que llevo, que puedo definir por comparación, austera. Poco más tengo que decir.

—Que decir es probable, que añadir mucho, tras esa síntesis hay información tan interesante como rica en detalles. Todo eso me lo revelarás más adelante. ¿Qué era eso de Ulises, Nadie y el cíclope Polifemo?

—Corresponde a un simpático, aunque dramático capítulo de la Odisea.

—Cuéntame de que va esa historia, tengo la sensación que habrá de gustarme.

—Te gustará, otro día te la contaré. ¿Qué se yo sobre ti? Exceptuando que eres inteligente, curiosa y muy atractiva.

—Mi nombre es Andrea y Andrea me llaman, no utilizan conmigo ningún diminutivo, treinta y dos primaveras con sus tres compañeras estaciones sobre mi espalda, que ni me duele, ni está torcida, y otras tantas en el pecho, algo dolorido por un reciente e incómodo catarro, no estoy gorda ni delgada, mi estatura es media, mi complexión atlética, tengo gustos sencillos, a veces soy caprichosa y tengo cambios de humor que no están sujetos al viento sino a mi persona con lo que puedo dominarlos a mi antojo. Mi economía es holgada para el tipo de vida que llevo, que por comparación puedo definir como austera, como poco antes definió Nadie, Ulises, Polifemo, Antonio y Antón. Poco más tengo que añadir exceptuando que soy profesora de ciencias en un instituto. ¿Cuál es la profesión a la que dedicas gran parte de tu tiempo?

—Informático.

—No me has dicho si estas casado, ni si tienes pareja. Podrías mentir al igual que yo podría hacerlo, creo que la mentira podríamos dejarla para los políticos y comerciantes.

—La mentira nunca condujo, a los que no nos dedicamos a esas profesiones, a nada bueno. No hay ninguna mujer que ocupe mi vida sentimental, la hubo pasando sobre mí como un rodillo apisonador, dejándome como un lenguado, debo reconocerlo, pero ya he vuelto a mi natural condición, la de merluzo escarmentado.

—¿Fue dolorosa la ruptura?

—La ruptura no, la convalecencia sí.

—¿No la echas en falta?

—No, me he dado cuenta que ha sido lo mejor que ha podido sucederme. Se alejó ella, cuando quiso volver yo ya no estaba en su camino, no consiguió encontrarme.

—¿Por orgulloso despecho por tu parte?

—De eso no tengo, ni uso, ni gasto. Ha sido por evolución natural, mi visión vital varió de tal modo que la veo como un pasado ajeno a mí. Es extraño, pero esta es la sensación que me ha quedado. ¿Puedo ser indiscreto y preguntarte por ti?

—Algo parecido a lo tuyo, en las cosas amorosas siempre se dan ciertas semejanzas.

—El nombre de Andrea me sugiere una personalidad fuerte con una acentuada feminidad.

—A mí el nombre de Antón me sugiere a un merluzo que se deja embaucar por una cara bonita y un busto prominente.

—Antes sí, ahora además del citado repertorio, para embaucarme necesito un buen bazo y un buen contorneado páncreas.

—Por las dos exigencias últimas puedo ser la chica ideal.

—Por las anteriores tengo la seguridad que también.

Escuchó que la llamaban desde el portal.

—Tengo que dejarte. ¿Podemos seguir hablando otro día?

—¿Mañana a la misma hora?

—¡Hecho!

Supuso que quien había llamado era su amiga, no pudo sustraerse a la curiosidad de conocer su conversación, salió a toda prisa cerrando la puerta con sigilo en dirección al trastero, este se encontraba dos pisos más arriba, cogió la caja del aparato escucho y esperó a que la puerta de la vecina se cerrara entrando poco después en la suya con el mayor silencio de que fue capaz.

La amiga la saludó efusivamente, poco después le dijo que la había inscrito en una página de contacto que le habían recomendado como seria.

—Tuve un contacto y no con un extraterrestre precisamente, él contactó conmigo. Desconocía que fuese tan eficaz la rapidez con que se actúa en esa página, es de vértigo —le respondió ella.

La amiga, sorprendida por lo que acababa de oír, no tardó en inquirir detalles para después pedirle leer juntas lo escrito, sino había nada íntimo que considerase no ser leído por ella, aunque esa parte era la que más le gustaría leer.

En silencio leyeron las conversaciones, interrumpidas por algunas expresiones, la amiga le dijo finalmente:

—Todo perfecto, la única pega es lo de informático, todos los que conozco son más raros que los pinos.

—Los pinos no son raros, abundan en todas partes —le respondió ingenuamente.

—Por raros me refiero a las caprichosas formas que frecuentemente adoptan, además es una frase acuñada. Si no son como los pinos, los informáticos son raros, o si quieres suavizando el término, peculiares.

—No he conocido a ninguno para emitir juicio —le dijo ella.

—Tú eres de ciencias, química, puntualizando más, tienes también un punto de peculiar rareza, aunque no te des cuenta de ella, la tienes. Los informáticos la tienen, pero más acentuada —apostilló la amiga.

—No encuentro nada raro en lo que escribió —le dijo ella.

—Ni yo encuentro nada raro en lo que tú has escrito, y sin embargo tiene ese punto como lo tienen los pinos —respondió su amiga riéndose de sus propias palabras —. Sea como fuese es un contacto, a mi manera de ver, muy interesante y que debes conocer personalmente, a no ser que sea tuerto, cojo, jorobado y manco al mismo tiempo, es un buen candidato, como mínimo para darle unos buenos meneos. A partir de ahí quién puede predecir el futuro es únicamente el futuro mismo.

—Conducir demasiado a prisa produce accidentes. Dejaré que la cosa fluya a su ritmo natural —le dijo ella.

—Si la cosa en algún momento se estanca dale un poco de brío que para eso eres participante activa. Si él no le da brío al asunto, ten por seguro que no es otra cosa que una manifestación de su rareza.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, el hombre tal como nos lo han enseñado y como lo han educado, debe llevar la iniciativa tocante a ciertos asuntos de tocantes tocamientos —volvió a reírse de sus palabras, añadiendo — Estoy contenta por ti, tener a alguien cerca, dure lo que dure la cercanía con el bollito del contacto, no se encuentra todos los días con alguien con quien al menos poder hablar —la animó su amiga.

—Eso último, lo de que parece ser buen conversador, es lo que atrae de él, no me parece tonto, superficial ni pedante.

—¿Y el vecino? ¿Qué hacer con él? —preguntó la amiga interesada.

—Como no lo conozco, lo reservaré en la despensa. A no ser que estés interesada en él y elaboremos un plan de caza, pesca y captura —respondió riéndose ahora ella.

—En estos momentos tengo en ciernes dos medios novios que juntos no hacen uno entero, si con dos me rompo la cabeza, con un tercero posible no sé lo que podría ocurrirme —dijo ella.

Toda la conversación fue oída en el aparato escucha. Extrajo sus conclusiones tomando la decisión de trasladar de nuevo el aparato escucha al trastero y sucediese lo que sucediese no volver a utilizarlo. La curiosidad se ha convertido en algo insano que muy pronto alcanzaría el diagnóstico de patología.

No he contado toda la verdad, soy consciente de ello, ni tenía el corazón roto por un desafortunado desamor ni he tenido amor alguno. ¿Qué opinión habría sacado de mí si supiese que mi vida ha estado exenta de amores? ¿Qué conclusión habría extraído si supiese que en mi vida no ha existido mujer alguna? A la mujer le atrae y gusta el hombre que ha tenido éxito con el sexo opuesto, no le molesta en absoluto que un hombre haya tenido muchas mujeres en sus brazos, ella quiere ser la última, sentirse la última.

He jugado sucio, pero no tanto como para sentirme un embaucador mentiroso, simplemente he utilizado una estrategia de la más elemental seducción, permitiendo creer lo que se quería creer, despertando cierto espíritu maternal protector muy arraigado en la mujer, más todavía si es joven.

Pensaba, mientras depositaba de nuevo el aparatejo en su caja: He tenido alguna esporádica relación, contadas con los dedos de una mano, sin pena ni gloria, por mi parte, y todas ellas no fueron ni buscadas ni requeridas por mí. No quise repetir la experiencia, experiencia que no puedo llamar tal, ya que nada me han aportado fuese por desconocimiento mío o por falta de interés. alguna de ellas quiso hacerlo de nuevo, me hice el longuis. Siempre consideré el sexo como algo anodino, pensando de él que el placer es muy poco y la postura adoptada, ridícula.

Las tres muchachas con quien mantuve relaciones, una de ellas se arrogó el derecho a invadir mi intimidad, una relación sexual no implica más que eso, relación sexual, acabada esta la relación acabada está. Hacer el amor equivale a lo mismo, pero con cargas sentimentales, por uno o por ambos, no pasa de ser una definición humana de la propia animalidad.

Sin embargo, ahora me mueven deseos definidos que ni siquiera puedo definir, son deseos tangibles y sin embargo como todo deseo, intangible también. Entre estos deseos se encuentra el sexo, qué duda cabe, el sexo con esta muchacha tiene para mí gran motivación, toda esta mezcla de deseos y proyecciones mentales mías, puede llamarse enamoramiento, puede llamarse pasión, que se yo de ellas, lo que sí sé es que una irresistible fuerza me atrae hacia ella, intento por mi parte agradar para que esta atracción por mí sentida sea bien recibida.

¿Conozco de ella lo suficiente para poder pensar como lo estoy haciendo? Evidentemente no. ¿Qué consideraciones, qué conocimientos habría que tener sobre la imprevisible personalidad de una persona para poder pensar positivamente en el aspecto amoroso, siendo lo desconocido como una atrayente aventura? Tal vez esto último sea la motivación o el gran atractivo para mentes inmaduras o personalidades deficitarias. No es que me considere con una personalidad equilibrada sin déficit, pero una personalidad equilibrada se desarrolla continuamente en sí misma con estímulos externos, lo novedoso se encuentra en la personalidad misma que al ser cambiante se convierte en distinta con cada cambio. Más vale viejo conocido que nuevo por conocer. No he oído estupidez mayor, al igual que la digo de su contrario, más vale lo nuevo por conocer que lo viejo conocido.

No pondré nombre a mis sentimientos, pues son únicamente míos y como Juan Palomo yo me lo guiso yo me lo como. Pero el cambio operado sin cirugía en mí, tanto físico como mental, ha alcanzado una radicalidad que ni yo mismo me reconozco. Después de lo escuchado dejaré a un lado la timidez, la vergüenza, el miedo al ridículo, el temor al rechazo de la madre, transferido a la mujer y adoptaré el comportamiento varonil como se espera socialmente del hombre.

Sustrayéndose a sus habituales costumbres se fue a cenar a un pequeño restaurante para después dar el paseo nocturno que había incorporado a su diaria rutina. Cenó poco, las cenas solía hacerlas frugales, controlando de esta forma su peso, lo que le sirvieron le agradó por su preparación, diciéndose que era un buen lugar para venir con frecuencia.

Su paseo nocturno esta vez lo extendió caminado lentamente, cruzándose con algunos que como él gustaban de paseos solitarios o con gentes que salían de cafés. Una muchacha con aspecto de yonqui se le acercó pidiéndole dinero, le dio unas monedas. Mientras veía como se alejaba con el peculiar paso de los drogadictos recordó a un estudiante conocido suyo, bien parecido, buen muchacho y de agradable trato, con gran éxito entre las chicas. Se veían pocas veces, pero cuando lo hacían ambos se alegraban parándose en una pequeña charla en la calle y acabándola en el café más cercano. Años más tarde se le acercó un día pidiéndole dinero, apenas pudo reconocerlo, vestimenta abandonada, aspecto de yonqui y puesto hasta las nubes de quién sabe qué. Le habló con afecto y el otro ni lo reconoció, puso en sus manos con un gesto reflejo los billetes que lleva en el bolsillo, sin diferenciar que este muchacho había tomado otra dirección en su vida que nada tenía que ver con el joven que conocía. El encuentro le afectó durante varios días, mostrándole la fragilidad humana de la que nadie se encuentra exento.

Desde ese encuentro no volvió a juzgar a nadie. ¿Quién era él para emitir un juicio sobre la vida o el comportamiento de otro? Mejor sería centrar la atención en él mismo y de juzgar, juzgarse a sí mismo. Se sorprendió como alguien podía llegar a ser juzgador profesional, emitir juicios vinculantes sobre los más diferentes comportamientos y aspectos de la vida. El juzgador profesional emite veredictos sobre matrimonios sin conocer la vida en pareja, sobre los hijos sin tenerlos, sobre quien hurta o roba, no habiendo él tenido la necesidad de hacerlo. Atenuantes le llaman a la forma de lavarse la conciencia, o de favorecer a quienes pertenecen a su estatus social. Llegó a la personal conclusión que el juzgador profesional, tanto se vista con el nombre de fiscal acusador como de juez, son individuos cuyas mentes se encuentran llenas de miedos infantiles, miedos que florecen en sus vidas transformados en inseguridades internas, únicamente creyéndose a salvo en profesiones autoritarias desde las que puedan juzgar y nunca ser juzgados.

Entró en una cafetería, el agua con burbujas calmó la sed, apoyado en la barra ojeó mecánicamente uno de los periódicos, leía los titulares de noticias, tomó asiento en una mesa y leyó un artículo de opinión. Le pareció mal escrito, sin análisis y sin gracia periodística. «A estos opinadores les pagan bien», pensó. «Se ganan la vida expeliendo opiniones enlatadas como las máquinas industriales». Al marcharse, un homosexual le hizo un discreto gesto significativo acompañado de una mirada. Él le sonrió y levemente negó con la cabeza.

Cerca del edificio, le pareció que Andrea y su amiga salían del portal, reprimió el impulso de seguirlas y entró en el edificio. Una hora más tarde sintió como Andrea entraba en el apartamento con el abrir y cerrar característico de la puerta.

Volvieron a comunicarse al siguiente día, comenzaron escribiendo cosas intrascendentes.

—¿Quién es Nadie y que tiene que ver con Ulises? —le preguntó ella.

—En la Odisea, Ulises tarda diez años en llegar a Ítaca donde pacientemente lo espera su mujer Penélope, su hijo Telémaco y su viejo perro Argos, cuyo nombre significa el de los cien ojos. Durante el viaje arriban en una isla habitada por gigantes cíclopes, uno de ellos de nombre Polifemo captura a Ulises y a varios de sus compañeros y los encierra en la cueva en la que el cíclope vive con sus gigantes ovejas cubiertas con mucha lana. El cíclope devora alguno de los compañeros de Ulises, este le dice a Polifemo que su nombre es Nadie. Mientras el cíclope duerme profundamente bajo los efectos de la sabrosa carne de guerreros griegos y de una buena cantidad de vino proporcional a su estatura, Ulises y sus restantes compañeros le clavan una afilada estaca que habían puesto a quemar en el hogar de la cueva, en el único ojo de Polifemo. Este al verse privado de la visión, al soltar las ovejas al pasto, Ulises y sus compañeros se ocultan entre la lana de ellas saliendo libres de la cueva. Cuando Polifemo reclama ayuda a los otros cíclopes, estos le preguntan quién le ha hecho ese daño. Polifemo responde que Nadie, los cíclopes le responden, que si nadie le ha hecho ese daño, es que él mismo se lo ha hecho, y que tuviese más cuidado al hacer las cosas, se alejan los cíclopes sin hacer caso de sus lamentos.

—Es bonita la historia. Ulises era listo.

—Ulises listo y astuto, también cruel y vengativo.

—Eso ya no me gusta tanto de Ulises.

—A mí tampoco, pero la Odisea lo narra así.

—¿Puedo preguntarte dónde vives?

—Ya lo has hecho. En Vigo. ¿Tú dónde vives?

—En Vigo también. ¿Llevas mucho tiempo en la página de contactos?

—Unos días. Eres la única con quien he contactado.

—Yo también llevo pocos días, el primer contacto que tengo es contigo. Me inscribió una amiga.

—¿Qué necesidad tienes de inscribirte en páginas como estas? Tú no lo necesitas.

—¿Tú porque lo has hecho?

—¡Para conocerte!

—A mí me ocurre lo mismo.

—¡Copiona! ¡Así no vale!

—¡Vale, vale! En el amor, en los negocios y en la guerra, vale todo.

—¿En el amor también?

—En el amor vale todísimo.

—Si los dos vivimos en Vigo te invito a comer mañana y nos conoceríamos.

—Me apetece, pero salgo tarde del trabajo, es un inconveniente.

—Un café a media tarde, si te encontrases a gusto, la invitación se extendería a la cena.

—Me parece bien.

—Mañana en... Estaré en la mesa más cercana a la puerta. No tendrás confusión, tengo una giba que sobresale cuarenta centímetros, un solo brazo, me falta un ojo que no echo de menos porque los tenía repetidos, también cojea, este último dato de nada te servirá al permanecer sentado. Se me olvidaba, soy feo, tengo una cara más difícil que la del cantante de los Rolling, este dato puede serte útil para reconocermé. Sin embargo, yo te reconoceré, porque veré a Esmeralda entrando en el local sin la cabrita y deseando que sea Febo y no Quasimodo quien se encuentre esperándola.

—¡Me asustas!

—Si imaginando te asustas, con la imagen real sufrirás un desmayo comatoso de larga duración.

—No te creo.

—Ven preparada, por si acaso trae el frasquito de sales. En las películas salen escenas de vahídos femeninos tratados con sales inhaladas. Imagino que deben ser sales amoniacaes.

—Prepárate tú para lo peor. No me gusta como soy.

—La mujer hermosa no se gusta a sí misma.

—Gracias. Hasta mañana.

—Las horas se convertirán en días. Procuraré no pensar en el encuentro, aunque se de antemano que el intento será infructuoso.

—Hasta mañana Quasimodo.

Evitando darle vueltas a la cabeza como un tiovivo para no pensar en el día siguiente, salió a la calle. De regreso, si sus pensamientos querían atormentarlo con ideales ensoñaciones, emprendería la lectura de la novela *Senderos programados*, que recientemente había descargado de una curiosa página, nuevastentativas.com.

Mientras caminaba clasificó en dos o tres los grupos de personas, un grupo eran los pertenecientes al “yo también”, otro eran los pertenecientes al de “me molesta la forma de

decirlo, no el motivo porqué lo dices” y el tercer grupo no pertenecían a ninguno de los otros dos, este último era el minoritario.

Si se le daba a leer un escrito a un conocido, unos decían, «Ya te daré mi opinión», otros comentaban, «Yo también tengo ganas de escribir, un día de estos me pondré a ello». Se les había dado el escrito para que lo leyesen y disfrutasen con su lectura y nada más, inmediatamente se erigían en entendidos lectores, en críticos literarios, o en futuros escritores.

Cuando se le decía a alguien, familiarmente cercano, algo personal que contradecía su pensamiento o alguno de sus comportamientos, se disculpaban automáticamente con la susodicha frase «¡Me molesta la forma de decirlo, no el motivo porqué lo dices! Una persona equilibrada atendería a las razones y los motivos que pudiesen dar origen a esas palabras, la manera de decirlo tendría un secundario interés personal. Unos años antes había escrito unas narraciones cortas, sin interés ni pretensiones literarias para él, entregándolos a varios conocidos para que las leyesen, obtuvo en el momento de la entrega respuestas similares. Decidió no comunicar a sus conocidos nada de lo que hiciese. Seguía paseando con paso lento, se le escapó en voz alta la frase «¡Se vive así más tranquilo y mejor!». Al escuchar su propia voz se giró por si alguien venía detrás y lo había escuchado, aunque eso no le importaba, hoy en día el que no habla solo en voz alta, lo hace por un invisible móvil a la vez que gesticula con sus brazos pareciendo molinos de viento o que alarmados espantan abejas velutinas.

Poco más adelante retomó la reflexión.

Si en esa clasificación introduzco a la población, también puedo decir individualmente de ellos, que deterioran su vida con el egoísmo y que el orgullo construye su infelicidad. El egoísmo es la fuente de los males sociales, el orgullo es la fuente de las amarguras individuales cotidianas y como consecuencia de ellos la infelicidad personal.

Pocos serán los que reconozcan el egoísmo o el orgullo en ellos mismos, y de estos pocos, solamente alguno estará dispuesto o en condiciones de superarlos. El orgullo es el causante de la mayor parte de nuestros males, seguía pensando mientras caminaba por una calle solitaria, paralela a una de las calles principales. Preguntados si se creen importantes dirán que no. ¿Cómo van a creerse importantes? Sin embargo, les molesta que los contradigan y se enfadan ante cualquier trivial motivo, bien sea que un automovilista toque el claxon, que alguien le adelante en la fila de la caja del supermercado, que un dependiente o un camarero no sea lo suficientemente amable o que alguien ocupe por entero una acera. ¿Cómo se atreven a hacerme eso, a mí, a mí que soy la hija del Rey de Francia, o a mí que soy el propio monarca del inexistente reino? ¿Cómo se atreve a contradecirme mi pareja o a no obedecerme uno de mis hijos, a mí, a mí que soy la importancia hecha humana? Sin embargo, nadie es orgulloso ni nadie se siente importante. ¿Yo cómo me siento? Esta es la pregunta consecuente del pensamiento anterior y que realmente importa ¿Yo cómo me siento? ¡Egoísta y orgulloso! Eso debe acabarse, debo poner fin a la absurda manera de estropear mi vida, y de convertirme en un insociable amargado resentido con todo lo que me rodea, aquello que no encaje con mis pensamientos lo celebraré como algo enriquecedor por su variedad, aquello que no encaje, como mi comportamiento, lo habré de ver con los ojos de un experimentado observador que aprende de lo contrario y de las propias contradicciones. En la variedad se encuentra la riqueza y la alegría del aprendizaje. Un egoísta, un orgulloso es dogmático y mentalmente una acémila. Descubrir la vida en sus infinitas variedades es vivirla intensamente de manera inacabable con la frescura que proporciona lo atrayentemente novedoso.

El día había elevado la temperatura anormalmente, la ausencia de brisa conservó durante todo el día una temperatura agradable. En una pequeña plaza en la terraza de un café había varias mesas ocupadas por clientes, ocupó asiento en una vacía y dejó vagar su mente y sus ojos

sin otra preocupación que beberse el agua mineral con agujeritos a pequeños sorbos, se la habían servido helada.

Sin prestar atención le llegaban las voces de las mesas cercanas, escuchaba retazos de las conversaciones, una mujer hablaba con otras dos, sobre las dietas de adelgazamiento exponiéndoles con detalles pormenorizados y sin importancia las ventajas de su dieta. De otra mesa dos parejas, ellos hablaban de fútbol mientras ellas comentaban algo sobre las inconveniencias que le acarreaban las dolencias de sus padres ancianos, seguidamente pasaron a las inconveniencias de los hijos, mientras sus maridos seguían concentrados en el debate futbolístico. En otra de las mesas estaban sentados una pareja con su hija adolescente, los tres, móvil en mano, chateaban abstraídos en sus virtuales conversaciones.

Soy profesional informático, este comportamiento es desquiciante, el futuro muy próximo no se augura nada luminoso. Si algún día tengo descendencia, el móvil o lo que sofisticadamente pueda sustituirlo, se lo retrasaré en su utilización hasta donde humanamente sea posible. La idea de descendencia como una abstracción lo condujo a la idea de hijo. ¿Querría tener hijos? Nunca se lo había planteado. Trabajo bien remunerado tenía, en ese aspecto la cuestión económica estaba resuelta, otra cuestión sería si estaba dispuesto a compartir gran parte de su tiempo con su vástago, compartir es un término muy genérico, ofrecer, entregar, se ajusta más. Ofrecer su tiempo olvidándose de él para brindarse a las necesidades y atenciones que su hijo iba a requerirle durante años. Además, se planteó si se encontraba preparado para ser padre. Ser padre no es ser engendrador, ser padre no es satisfacer las necesidades económicas, eso es ser un progenitor a lo sumo. Ser padre es ser otra cosa con la renuncia de muchas otras, es mostrar constantemente al hijo el mundo en el que vive, dosificando su aprendizaje adaptado a su comprensión. Tendría que enfrentarse a la influencia exterior, tan nociva, como la que estaba viendo y escuchando. ¿Sería capaz de lograrlo? ¿Estaba dispuesto a hacerlo?

Absorto en estos pensamientos no sabía responderse, finalmente optó por un pensamiento más práctico, no tengo compañera con quien formar pareja, aun teniéndola, ¿querría ella criar hijos? En el supuesto de que ese fuese su deseo, ¿se habría planteado estas mismas preguntas? ¿Coincidiríamos en los mismos aspectos en cuanto a la formación desde niños, evitando en la medida de lo posible que el estado los adoctrinase según su necesidad mercantil? Llegado el momento, si ese momento llegase, se tomará la decisión teniendo en cuenta las implicaciones que tal decisión acarrearía durante años. Cuando se decide ser padres se adquiere inmediatamente el deber de dedicarse a sus hijos, preparándolos, por un lado, para la difícil supervivencia económica en la sociedad y por otro preparándolos para vivir en interna armonía. Decía Neil, que prefería un obrero feliz a un sabio neurótico. Actualmente se prefiere lo contrario, ¡la neurosis está implantada como moda!

Acabó el agua mineral que se había templado y los agujeritos habían mermado considerablemente, siguió manteniendo su diálogo interno. Si esta muchacha me rechazase, si no fuese de su gusto tendría un serio problema, reconozco que soy esquemático y bastante cuadrulado, pero estoy en el camino de superarlo, en mí ya se han producido notorios cambios. Si me rechazase, porque no fuese de su agrado. El si, es un condicional que no es afirmación, por otra parte, la posibilidad del rechazo no tiene cabida en este asunto, el rechazo se encuentra descartado. ¡Me siento poderosamente enamorado!

«Soy un tonto de tomo y lomo. ¿Y qué?», acabó preguntándose.

Abandonó la terraza escuchando como seguían hablando de fútbol los de la mesa de al lado y sus mujeres, después de hablar sobre la dieta y de sus hijos lo hacían ahora sobre la ropa que los comercios tenían de rebajas. El matrimonio con su hija adolescente seguía hipnotizado con sus teléfonos móviles.

Al día siguiente se dirigió con antelación al lugar de la cita con la intención de ocupar la mesa más cercana a la puerta de entrada, la mesa que deseaba se encontraba libre. Mientras esperaba barajó la posibilidad de presentarse con la cabeza ladeada, un párpado medio cerrado y cojeando, si no parecía Quasimodo tendría un gran parecido con el deforme emperador Claudio. Cayó en la cuenta que ella lo había visto y lo conocía, esa imagen tendría un efecto sobre ella de graciosa simpatía o bien lo consideraría de entrada un imbécil, queriendo hacerse el gracioso ridiculizando defectos físicos ajenos. Decidió presentarse tal como era y no correr riesgos de generar una mala impresión desde el principio, comenzar con una impresión negativa, cuesta trabajo y tiempo convertirla en impresión positiva. La impresión positiva la había conseguido en las comunicaciones escritas, en ella se había alejado de las conversaciones típicas de estos contactos, con preguntas libidinosas cargadas de una sexualidad reprimida. Le parecía de mal gusto preguntar ¿Qué ropa llevas puesta? ¿Te gusta salir sin sujetador?, y frases semejantes que denotan una vulgaridad extrema propia de simios rijosos.

Cogió un periódico en sus manos y comenzó a leer para hacer más llevadera la espera, mientras tanto, el tiempo transcurría inusualmente.

En ningún momento quiso ver la hora, que el tiempo siguiese su curso, nada podría hacer por acelerarlo o retrasarlo exceptuando hacer lo que hacía, tanto se enfrascó finalmente en la lectura que no se apercibió que ante él tenía una linda muchacha preguntándole si su nombre era Antón. La sorpresa le hizo pronunciar una simpática palabra mal sonante a modo de disculpa, se incorporó de la silla extendiendo su mano a modo de presentación. Le acomodó la silla al sentarse, ella apreció el gesto, nadie se lo había hecho nunca, pero no supo emitir un juicio todavía sobre él, más que el de confirmar la buena impresión que ya tenía. Evidenciaba que no era un Quasimodo como se había descrito y así se lo manifestó, tal vez para romper ese frío impasse embarazoso que se produce durante los primeros momentos en que dos personas son presentadas.

—Me has mentido, en nada te asemejas a Quasimodo —dijo ella.

—También lo has hecho tú y más que yo. Superas en atractivo en mucho a Esmeralda.

Apreció tanto el halago como la ingeniosa rapidez de la respuesta, ambas le confirmaron que era una persona inteligente y educada, le pareció guapo, no pudo evitar ruborizarse levemente, para ocultar que le gustaba actuó a la contra de su sentimiento como suelen hacerlo los adolescentes.

—Yo no puedo decir lo mismo de ti —le respondió un tanto irreverente.

—Ahora deberías mentirme un poco. Yo no he exagerado la realidad, creo incluso que me he quedado corto —le respondió él sonriente.

Cogida por la respuesta, entre la espada y la pared, se sintió ridícula, llevaban hablando unos minutos, ya había metido la pata hasta el fondo del hoyo, y no sabía dónde meterse. «Ya está bien de tanta gazmoña tontería», se dijo a sí misma.

—He hablado contigo y me parecías interesante, ahora que te conozco en persona, me gustas.

—Dije que deberías mentirme un poco, no que me endilgaras una trola mayor que la catedral de Santiago de Compostela. Eso puedo decirlo yo y en nada falto a la verdad. A falta de biblia y ballesta de madera simulando la cruz, como hizo el Cid obligando a jurar al rey Alfonso VI, lo hago sobre este periódico depositando mi mano sobre él, jurando que no sabría decir si es por tu belleza interna o belleza exterior por lo que mayor atracción y pasión siento —finalizó respondiendo él.

—¿Siempre eres así?

—Contigo siempre lo sería.

—Imposible mantener esa actitud durante largo tiempo.

—Ponme a prueba y lo comprobarás.

Permaneció en silencio, desconcertada durante unos instantes, para seguidamente preguntarle:

—¿Sabes dónde vivo? Porque yo si sé dónde vives tú.

Prefirió él adoptar una actitud de incrédula sorpresa y hacerse el inglés.

—¿Cómo podrías saberlo, eres adivina, o tienes poderes, como está de moda al parecer? —la interrogó.

—Vivo en el mismo edificio, en la misma planta y mi apartamento linda con el tuyo, en definitiva, tu vecina —dijo ella sonriendo.

Puso él cara de asombro fingido, al tiempo que posó su mano sobre el dorso de la de ella.

—Demasiadas coincidencias concatenadas para no darles importancia, para no tomarlas como un serio vaticinio, no soy augur, pero analizadas las coincidencias es como si el mismísimo santoral cristiano nos hubiese empujado a esta empresa, que con tantos poderosos protectores, está predestinada a un divino y feliz desenlace —terminó diciéndole y apretando su mano sin intención de estrujársela.

—Con o sin protectores no deja de ser una asombrosa coincidencia. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

FIN